

LA VUELTA DE LOS DÍAS

NERUDA EN INGLÉS

CHARLES TOMLINSON

EN 1975 PENGUIN BOOKS PUBLICÓ UNA SELECCIÓN de Pablo Neruda en la que los poemas habían sido elegidos tan inteligente como instructivamente. El lector inglés que trataba de estar al tanto de la poesía moderna en lengua española podía comenzar a orientarse en la vasta obra del poeta que cuatro años antes había recibido el Premio Nobel de literatura —un premio que además había sido rechazado por Jean Paul Sartre, entre otras razones porque debería haber sido para Neruda. La selección de Penguin le dio claramente gran importancia a los tres volúmenes de *Residencias* (1933-1947) y seguidamente al *Canto general*, publicado en 1950, aunque "Alturas de Macchu Picchu", una de las secuencias más impresionantes del libro, fue reducida a un fragmento de unas veinticinco líneas. De las *Odas elementales* (1954-1957) sólo aparecieron dos poemas, quizá por razones de espacio, ya que las líneas extraordinariamente cortas de esas odas devoran el papel. Lo que quedaba claro para el lector de la selección era la manera en que, en el tercer volumen de las *Residencias*, con la experiencia de la guerra en España, Neruda cambiaba radicalmente su manera de escribir. Depresivo con pasiones melancólicamente oceánicas, había escrito hasta entonces sólo sobre sus propios sentimientos, pero ahora encontraba una causa más allá de sí mismo y una figura pública.

La lóbreguez de sus primeros libros había poseído y estado poseída por una energía lingüística que iba a dejar, en la primera *Residencia*, su marca en la futura poesía latinoamericana. La lucha del poema con su depresión y su aislamiento hace pensar a veces en *Trilce*, el gran libro de César Vallejo. Lo mismo en Vallejo que en Neruda, se tiene la impresión de que el lenguaje es conducido hacia su interior, arrancado de raíz, pero alumbrando también una fuerza ex-

plisiva contra el inmovilismo y la mediocridad que imperaban en Sudamérica. Quizá la lucha de Vallejo despierte más nuestra simpatía: su ternura y su intimidad, su sentimiento hacia los otros —su familia y los campesinos peruanos explotados—, compensan delicadamente la inclinación a la ira y el solipsismo. Vallejo le enseñó a su poesía a tartamudear ("Desde tttales códigos") y Neruda, también, con un torrente de oxímoron, de sustantivos con frecuencia alegres desatados por sus adjetivos despiadados, nos da la inquietante sensación de estar siendo llevados demasiado de prisa a ninguna parte, a punto de caer en lo indecible. "Hasta cerrar los ojos", diría más tarde, en la parte autobiográfica del *Canto general*, "y naufragar en medio de mi propia sustancia". En la traducción de Jack Schmitt, "wallowed" (revolucionado) no tiene el sentido de fracaso y derrota que da "naufragar". Pero desde luego que Neruda se revolvió en la primera *Residencia*, y muchas veces con magníficos resultados. Sobre el lugar sin lugar de estos poemas (fruto amargo de los años que pasó en el aislamiento como cónsul en el Oriente), Octavio Paz ha escrito: "No es Chile ni tampoco la América precolombina; es una geología mística, un planeta en fermentación, putrefacción y germinación: el amasijo primordial. Vida no intrauterina sino intraterrestre: 'el tiempo que debajo del océano nos mira'".

Todo cambió en la *Tercera residencia*. España le hizo el gran llamado a la exterioridad y Neruda fraguó (el juego de palabras latente en el cliché se probaría ominosamente significativo) un nuevo estilo: más cercano al "pueblo", se imaginaba, y a su conversión en "poeta laureado de las masas" —como ingenuamente apunta la introducción de Penguin.

En "España en el corazón", de la *Tercera Residencia* (y la perspectiva se abre

hacia el *Canto general*), Neruda descubrió a la vez un estilo oratorio en el que declarar sus lealtades y, además, una forma de invectiva para poner en la picota a sus enemigos. Este elemento, con su farsa mordaz y bulliciosa, aunque mortalmente seria, trae a la mente la tira cómica de Picasso, "Sueño y mentira de Franco". Franco se transforma en un tubérculo peludo que acaba en una boca desdentada, y luego en un caballo monstruoso que es destripado por un toro de noble apariencia. En la *Tercera residencia*, Neruda encontró algo así como el equivalente verbal de eso —el propio Picasso probó su pluma en una poesía de protesta que acompaña a su tira. En ella el Caudillo es "pulpos de mal agüero" y hay un "cucurucho del sorbete de bacalao frito en la sarna de su corazón de cabestro", todo lo cual no está lejos del tono de las propias gesticulaciones despectivas de Neruda. Ambos artistas trataron de prever un fin adecuado para Franco. De eso se encarga el noble toro de Picasso. Para Neruda, la naturaleza lograría una "victoria mineral" y Franco, "triste párpado, estéril/ de siniestras gallinas de sepulcro, pesado esputo", es condenado al infierno de una religión en la que Neruda no cree. Una conclusión más práctica es la que se anuncia en el cierre de la secuencia completa en la "Canción al Ejército Rojo al llegar a las puertas de Prusia": con la derrota de Alemania, el Partido Comunista pondrá en orden un mundo enfermo del que Franco no es un sino un feo síntoma. Nos movemos ya en dirección de la panacea contenida en el *Canto general*.

Este vasto poema comienza con un retorno a lo que Paz, al describir la primera *Residencia*, llama "el amasijo primordial", aunque esta vez el retorno es a través de la historia y no "en medio de mi propia sustancia". El poeta se propone dar cuenta tan cabal como le sea posible

de la historia de América latina y sus varias traiciones, remontándose más allá de la llegada de los españoles y aun de las civilizaciones indígenas que los precedieron, hasta la tierra deshabitada, en que "Mientras que como lámpara letárgica/ dormían las estrellas segregadas/ adelgazando su pureza inmóvil,/ el mar llenó de sal y morderas/ su magnitud".

Neruda, que conduce su poema hacia la época en que Stalin aparecerá para apoyar la vuelta de "las masas" (esa palabra repugnante) a la inocencia anterior a la caída, mira también con satisfacción el período en que "todo era ser, sustancia temblorosa", antes de que "la tierra hiciera del hombre su castigo". La "trémula iglesia" (el mar) y "La catedral" que "se construyó sin manos" (Neruda es curiosamente afecto a las imágenes eclesásticas) se extendían sin mácula en torno del continente. Estas frases ocurren ya avanzado el poema, en las treinta páginas de "El gran océano" (descanso bienvenido, luego de las secciones políticas) en que Neruda nos remonta una vez más a los comienzos y a la emergencia del hombre. Su imaginación gusta de los fríos marinos lo mismo que de los esplendores de la selva tropical sólo habitada por las aves:

Los ilustres loros llenaban
las profundidades del follaje
como lingotes de oro verde
recién salidos de la pasta
de los pantanos sumergidos,
y de sus ojos circulares
miraba una argolla amarilla,
vieja como los minerales.

En lugar de "recién salidos" ("newly come out from"), el inglés dice "newly minted" ("recién fraguados"). Schmitt retoca en este caso el original ligeramente. Otras veces siente la necesidad de detener la marejada whitmaniana: el verso, limpiamente aspirado, "A las tierras sin nombres y sin números" pierde su altura poética y se quiebra en "To the lands without name / or numbers" —nombre en singular, quién sabe por qué, y la y vuelta o. Es claro que para cualquier traductor las elecciones son difíciles de hacer en el caso de Neruda: "newly come out from" difícilmente es un regalo para el apremiado profesional que lucha a brazo partido. Y Schmitt es evidentemente un profesional, que lleva a término esta enorme empresa amorosa, quizá

sin esperanza de ser correspondida. Su identificación con Chile y su poeta más famoso le da posesión de un terreno desigual y lo obliga a tomar ciertas decisiones difíciles: ¿reprimir al hombre o darle su potencia whitmaniana?

Su traducción fluye y se deja leer. En un principio, emprendió el trabajo porque quería llevar el poema a los lectores ingleses y norteamericanos, como algo bello, palabra por palabra. Su entrega y su aplicación hacen pensar en los requerimientos de Rossetti, cuando emprendió la ardua traducción de *Dante y su círculo con los poetas italianos que lo precedieron*. Lo primero era para Rossetti el imperativo estético. "El alma de la traducción rítmica es este precepto: un buen poema no debe convertirse en uno malo. El único motivo cierto para poner la poesía en otra lengua debe ser dotar a otra nación, hasta donde se pueda, de un predio más de belleza". Luego viene lo difícil, especialmente en un poeta de fragmentos: "La tarea de un traductor (y sea dicho con toda humildad) es una tarea de negación de sí mismo... A veces... le molesta una grieta en la obra y quisiera repararla, haciendo por el poeta lo que su época le negó; pero no le corresponde". El *Canto general* tiene grietas por todas partes y Schmitt tiene que hacer frente a las loas a Stalin ("pero él también castigó... era necesario castigar") y a los himnos al Partido. Roberto González Echevarría nos dice en su introducción que "hay una ingenuidad inherente a la actitud del poeta que debemos concederle para disfrutar de su enorme realización". Hay que perdonarlo porque "No es una poesía encerrada en una buhardilla o una torre de marfil..." Se antoja responder que su parte política —desde luego, todas esas partes en que Neruda escribe sobre sus enemigos con una suerte de gusto paranoico— está encerrada en una torre hecha de un material más impenetrable que el marfil, y que hay algo siniestramente autista en esa ideología de blanco y negro, que tiene todo el imperdonable maniqueísmo de los frescos de su amigo Diego Rivera. Ambos compartían, en su caricatura del "otro bando", una visión sentimental de los indígenas de hoy y de antes de la conquista, aunque Neruda nos deja adivinar la crueldad de los aztecas:

Como faisanes deslumbrantes
descendían los sacerdotes

de las escaleras aztecas...

En un trueno como un aullido
caía la sangre por
las escalinatas sagradas.

(Neruda se identifica también él mismo con los incas: "Te busqué, padre mío,/ joven guerrero de tiniebla y cobre.../ Yo, incásico del légamo...")

Recordamos la visita a esos murales, que tienen tanto en común con la obra de Neruda, en *La serpiente emplumada* de Lawrence ("En muchos de los frescos de los indios hay simpatía hacia el indio, pero siempre desde una visión idealizada") y la observación de Kate Leslie, en el mismo libro, sobre las representaciones del "otro bando", "los capitalistas" y la Iglesia: "Estas caricaturas son demasiado intencionadas. Como el insulto vulgar, no tienen nada de arte".

Neruda era un poeta propenso a extender el período en que el oscuro y profundo océano azul podía ser echado a rodar, aunque el *Canto general* se ocupa de prácticamente todo el universo y recuerda menos al mismo Byron que al Victor Hugo de *La légende des siècles*, que abarca de los comienzos bíblicos al apocalipsis y trata finalmente de reconciliar a Dios y Satán, el mal absorbido por el bien. Neruda no persigue como Hugo fines místicos ni metafísicos: serán alcanzados en esta tierra. Sus panorámicas históricas son casi idénticas en espíritu a las de la narración mural iniciada por Diego Rivera veinte años antes en "La historia de México: de la conquista al futuro". En "La lucha de clases" de Rivera el apocalipsis está por venir con Karl Marx asomando sobre las fuerzas antagonistas y (como dice una guía del Palacio Nacional) "señalando con el índice" —el camino, puede pensarse, a la tierra prometida. En el caso de Neruda, el que señala es Stalin, y ahí yace una de las dificultades del poema. Todo es —con algún grano de sal— poéticamente disfrutable hasta incluso el justamente célebre, aunque retórico, "Alturas de Macchu Picchu"; pero apenas los conquistadores aparecen en el escenario, se nos deja a merced de lo malo, lo bueno y lo indiferente, que se suceden confusamente. Cortés (figura mucho menos interesante aquí que en *La conquista de México* de Prescott) no es más que un "corazón muerto en la armadura"; Pizarro es primero "mayoral porcino", pero pronto es degradado a "cerdo cruel de Extremadura";

los invasores son hurones pero también jaguares —un error, poéticamente, ya que la naturaleza americana queda en el "buen" bando en el esquema de Neruda.

Esta clase de insultos pertenecen, según dicen, a una "tradición" de la poesía latinoamericana del siglo XIX, pero eso no los hace mejores. Si pensamos una vez más en Hugo, vemos el tremendo resbalón desde el liberalismo decimonónico europeo hasta esta aporreada auto-complaciente. En poemas como "Souvenir de la nuit du 4" y "L'empereur s'amuse" ("Prince, préside aux jeux Fôlâtres, / Chasse aux femmes dans les théâtres, / Chasse aux chevreuils dans les forêts...") hay un sentimiento auténticamente humano de ultraje y un sarcasmo legítimo, impulsado pero también frenado por la forma del verso, muy lejos de las gesticulaciones sobre el hocico de los jaguares y los colmillos españoles que se hunden en cuellos palpitantes. Pero no termina ahí el poema. Vendrán cosas mejores y habrá *longueurs*. El tono whitmaniano no se acompaña, *alas*, de la inocencia política de Whitman. Echevarría nos dice que "canto general" fue un título elegido "quizá en oposición al *Canto a mí mismo* de Whitman. Sin embargo, la sección que cierra el *Canto general* lleva como título las palabras "Yo soy" y concluye el poema con una biografía condensada de Neruda. Pareciera que esta personalidad, cuyos gestos de generosidad son de algún modo coercitivos ("nadie/ cruzó mi senda sin compartir mi ser"), no está nunca muy por debajo de su supuesta épica, que se dice "general".

Uno de los poetas a los que Neruda invoca en "Yo soy" es Mayakovsky, en varios sentidos un espíritu semejante, especialmente cuando escriben en el cómico estilo épico (ambos juegan con el sol en los mismo términos). Las *Odas elementales* recurren además al tipo de verso extremadamente corto de Mayakovsky para resaltar el dramatismo y el *rubato* de la voz cantante. Estas odas, festivas y que suelen despertar nuestro asentimiento, están por suerte lejos de la tentación del gigantismo que acecha en la vastedad americana. Sólo por momentos son políticas ("y elevas tus espigas sosteniendo/ con otros pueblos/ la irresistible aurora" —no tan irresistible, se ha visto— les dice a las Américas). De vez en cuando Neruda parece tratar de unir a Mayakovsky y a Whitman en una broma que pronto viene a ser un alarde:

ninguno puede
pasar sin que yo sepa
adónde va, qué cosa
le ha sucedido...
Dadme para mi vida
todas las vidas,
dadme todo el dolor
de todo el mundo,
yo voy a transformarlo
en esperanza.

Pero en general su pluma es más segura. Su "Oda a los pájaros de Chile" es tan buena como la mejor poesía de la naturaleza en el *Canto general*:

Ácida luz
salpica
el vuelo
de las aves marinas,
rozando el agua cruzan
migratorias,
cierran de pronto
el vuelo
y caen como flechas
sobre el volumen verde.

La "Oda al laboratorista" comienza graciosamente con:

Hay un hombre
escondido,
mira
con un sólo ojo
de ciclope eficiente,
son minúsculas cosas...

Neruda se fija en objetos minúsculos lo mismo que en cosas comunes y corrientes: la madera, el hilo, los tomates, los calcetines, las algas marinas. Harto de las abstracciones, aun de las elegantes abstracciones de las matemáticas, quiere las cosas mismas o el recuerdo de su presencia, como en la "Oda a los números:

Fuimos
empapelando el mundo
con números y nombres,
pero
las cosas existían,
se fugaban
del número,
enloquecían en sus cantidades,
se evaporaban
dejando su olor o su recuerdo
y quedaban los números vacíos.

Margaret Sayers Peden ha hecho una selección considerable de los tres libros

de odas. Es evidente que el verso libre le resulta mejor que las encorsetadas estrofas en que tradujo los poemas de Sor Juana. En este caso, es muy buena al emplear ritmos discretos en lugares inesperados, lo que muchas veces le da una trazazón adecuada a los versos. Como Schmitt (y Rossetti), tuvo que habérselas con ciertas grietas. Son menos graves que las del *Canto general* y la cuidadosa selección nos ahorra la sensación de *déjà vu* que nos asalta cuando llegamos al tercer volumen de las *Odas*. ¿Ha habido un gran poeta tan incapaz de saber cuándo detenerse? Es como si nunca hubiera estado libre de la ansiedad y tuviera por eso que sobreactuarse siempre. Incluso aquí, entre poemas realmente encantadores y originales sin alarde, arderá de pronto una chispa de paranoia, como cuando nos dice de sus críticos:

otros eran ingleses,
sencillamente ingleses,
y entre todos
se lanzaron
con dientes y cuchillos,
con diccionarios y otras armas negras,
con citas respetables,
se lanzaron
a disputar mi pobre poesía
a las sencillas gentes
que la amaban.

A veces es una poesía tan cercana al autor que llegamos a tener la sensación de habernos encontrado de veras con la persona y haber tenido a veces que retroceder ante sus demandas de atención y de simpatía. Octavio Paz, que ha escrito con acierto sobre su poesía, conoció de cerca al autor: "un gran volcán taciturno", "hombre de pocas ideas". Más de una vez, al leer estos dos libros, me descubrí recordando el relato del mexicano sobre su difícil relación con Neruda, y sobre todo su descripción de la expresión facial del poeta: "Aun en los momentos de gran confianza, miraba a su interlocutor con ojos entreabiertos pero ansiosos e interrogantes, como si quisiera examinarlo y ponerlo a prueba antes de juzgarlo". Neruda no confiaba de veras en sus lectores. Hay ocasiones en que parece incluso que quisiera transformarnos en la gente sencilla de que tanto habla, para poder actuar su papel de narrador del pueblo, reduciéndonos a todos a un papel de admiración amorosa y meramente pasiva.

HECHOS Y ENSEÑANZAS

JAIME SÁNCHEZ SUSARREY

EL 18 DE AGOSTO HUBO UNA ELECCIÓN FEDERAL y varias locales, la primera puso a prueba al COPIPE. Las segundas se rigieron por leyes estatales. En Guanajuato y San Luis Potosí la competencia fue muy intensa; ambos estados ameritan un análisis detallado. No hay, a la fecha, suficiente información. Los hechos que enumero y las reflexiones que siguen se limitan a la elección federal.

1. Recordemos, para empezar, la gran elección del 6 de julio de 1988, repetida el 2 de julio de 1989 en Baja California: ante un voto masivo por la oposición y una ciudadanía movilizadísima no hay fraude electoral que valga. La alquimia, por sofisticada que sea, es incapaz de producir milagros. De no ser así, y siguiendo los argumentos de la oposición, no habría un gobernador del PAN, ni el PRD gobernaría en casi el 50% de los municipios de Michoacán.

2. La elección del 18 de agosto registró una alta participación ciudadana y las quejas de la oposición fueron mínimas. Sobre todo si se toma en cuenta que votaron alrededor de 15 millones de personas y que se instalaron más de 80 mil casillas.

3. Testimonio personal. Asistí como observador al distrito I de Guadalajara. En 1988 lo ganó el PAN. Visité varias de las casillas y estuve presente en el recuento distrital. No detecté ninguna anomalía. Las garantías que ofrece la nueva ley a los partidos de oposición son fundamentales: las casillas están integradas y organizadas por ciudadanos del área correspondiente; al final de la jornada electoral el cómputo de cada casilla se fija a la vista del público; cada presidente y secretario de casilla entregan la urna cerrada al presidente del comité distrital, que debe leer los resultados en voz alta ante los representantes de los partidos y público en general (las sesiones son públicas por ley). Mis impresiones se resumen en una afirmación: la participación de los ciudadanos y la vigilancia de los partidos tornan imposible el relleno de urnas o la alteración de las actas.

4. Los resultados preliminares otorgan

una clara ventaja al PRI (60.6%), una consolidación del PAN (20.6%) y una drástica caída del PRD (7.7%), que confirman los pronósticos y las tendencias anteriores.

5. Pese a la pérdida de un número considerable de distritos (en el DF y en Guadalajara), el PAN mejora su votación: pasa del 17 a casi el 21%. Su fuerza en la Cámara de Diputados se mantendrá idéntica (100 curules). Este porcentaje de la votación no es desdeñable: 1) lo instala —muy lejos del PRD— como la segunda fuerza política; 2) consolida su posición en el contexto de un fuerte liderazgo presidencial y de una oferta política muy cercana al programa del PAN. Con el triunfo de su candidato a senador en Baja California afianza su influencia regional. Y, en este mismo sentido, falta ver cómo se resuelve la elección en Guanajuato.

6. La caída del PRD era más que previsible. Fue la crónica de una quiebra anunciada. No había que ser Nostradamus, ni estar al servicio de alguna oscura causa, para prever que su votación se situaría alrededor (un poco arriba o abajo) del 10%. Nadie, más que los propios perredistas, es responsable de que haya sido por debajo del 10%. El neocardenismo paga caro por sus contradicciones internas, por su radicalismo, por su intransigencia y por su incapacidad para hacer propuestas positivas. Su futuro es incierto en los planos local y nacional. Con un 14% en el DF y poco más del 33% en Michoacán su vocación de partido regional recibe un golpe muy severo. Con el 7 u 8% de la votación nacional, se sitúa en los niveles históricos de los partidos de izquierda.

7. En tres años hemos experimentado dos giros de 180 grados: la caída del PRI en 1988 y ahora su recuperación. ¿Cómo explicar esta situación? ¿Ante qué clase de electorado estamos? Recurrir al argumento del fraude puede ser una salida retórica o demagógica, pero nada más. Todas las irregularidades sumadas y acumuladas no explican este cambio en la orientación del voto. La mayoría de los electores votó en contra del PRI en 1988

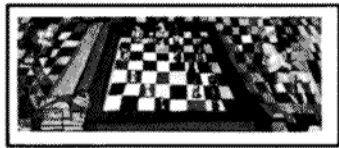
y ahora lo hizo a su favor. Más allá de cualquier juicio de valor, lo cierto es que estamos ante un electorado flotante que no tiene identificado su voto con un solo partido.

8. El liderazgo presidencial fue decisivo para la orientación del voto. Los ciudadanos votaron por el partido del Presidente. Su popularidad se debe a tres factores: el control de la inflación, el programa de Solidaridad y el Tratado de Libre Comercio. De julio de 1988 al 18 de agosto de 1991, las expectativas de los ciudadanos han experimentado una verdadera revolución. La gente orienta su voto por dos razones fundamentales: por la manera en que percibe su situación y por las expectativas que tiene de mejorar (o empeorar) en el futuro. Las encuestas no mienten y las elecciones menos: los ciudadanos no sólo se sienten mejor que antes, sino que tienen expectativas positivas para el futuro. Esto explica —aun cuando los niveles de bienestar no se han recuperado— el voto a favor del PRI, el partido del Presidente.

9. La reforma del PRI no fue democrática, pero tampoco fue una mascarada. Los promotores del voto cambian la naturaleza del partido: pasó de una suma de organizaciones corporativas a ser una maquinaria electoral con arraigo territorial. Los promotores del voto no sólo comprometen sino movilizan al votante. La organización de desayunos o comidas el día de la votación no son (ni pueden ser) sancionadas por la ley. Puede criticarse el procedimiento, pero no negarse su eficacia.

10. La suma del liderazgo presidencial, de la maquinaria electoral y del programa de Solidaridad explican el triunfo arrollador del PRI.

20 de agosto de 1991.



¿QUIÉN GANÓ Y QUIÉN PERDIÓ EN LAS ELECCIONES?

JORGE FERNÁNDEZ MENÉNDEZ

AVANZABA LA NOCHE SOBRE LAS INSTALACIONES del Instituto Federal Electoral y, con ella, los rostros se iban transformando. Las expectativas y la relativa tranquilidad que habían caracterizado los trabajos durante el día comenzaban a desaparecer y se imponían una seriedad y una preocupación que ya a las tres de la mañana del lunes, cuando aún no se conocían los resultados de una sola casilla electoral, se habían convertido en franca irritación. Para entonces, ese 18 de agosto, una sola cosa era cierta: estábamos, otra vez, frente a la realidad del *carro completo* y una pesada losa parecía haber caído sobre el conjunto de la oposición real.

A escasas 48 horas de los comicios y aún sin los resultados oficiales es difícil responder a las dos preguntas obligadas: ¿Cuál es el futuro de la transición? ¿Quién ganó y quién perdió este 18 de agosto?

No cabe duda de que la elección, como muchos habíamos previsto, fue muy compleja. No solamente se confrontaría con la realidad una nueva legislación que no se caracteriza precisamente por su simplicidad, sino que también estaba en marcha un operativo político de muy largo alcance que implicaba, para el gobierno de Carlos Salinas de Gortari, la posibilidad de refrendar a través del voto la puesta en marcha, a lo largo de tres años, de una nueva estrategia de desarrollo.

En las semanas previas a las elecciones se manejaron tres hipótesis básicas sobre lo que ocurriría el 18. Una era francamente irrelevante: el PRI, se decía, sólo podría ganar perdiendo. Conociendo al sistema y al partido oficial esa posibilidad resultaba inaplicable a la realidad. El sistema político definitivamente no está apostando a su destrucción sino a su consolidación y el partido tiene la función de legitimar esa política a través del voto. Pero el problema que se le presentaba al priismo era cómo realizar esa labor legitimadora: una posibilidad residía en el estricto respeto del voto y dejar a los electores la decisión de mostrar hasta qué grado llegaba la aceptación de la estrategia salinista, sabiendo de antemano que, gracias a los resultados económicos de la actual administración

y al éxito del programa nacional de Solidaridad, esos réditos serían altos. Pero allí existía una posibilidad sería de que se perdieran posiciones políticas no estratégicas.

La otra hipótesis era lograr un triunfo rotundo que le permitiera al partido oficial alcanzar una cómoda mayoría legislativa de forma tal que no se dependiera de los acuerdos con la oposición, siempre tan volátiles en los tramos finales de un periodo presidencial, para las trascendentes reformas legislativas que se llevarán a cabo en la siguiente legislatura. Para ello, no eran suficientes una elección abierta y en la que existiera un cierto margen de maniobra para la oposición. Había que desmenujar la vieja maquinaria priista y ponerla a funcionar.

Si nos atenemos al periodo de preparación de las elecciones, ambas estrategias de trabajo se prepararon en forma simultánea. Por una parte, se promulgó una legislación electoral que, independientemente de su complejidad, resulta un indudable avance respecto a las anteriores. Por otra, la conformación de las listas de diputados y asambleístas del PRI permitía adivinar que se esperaba una elección disputada, ya que muchos de los hombres y mujeres destinados a dirigir la labor legislativa del tricolor se encontraban resguardados de las inclemencias del voto en las listas de plurinominales. Pero por otra, el PRI realizó, alentado por distintos sectores gubernamentales, su propia campaña interna basada en una estrategia que camina, la mayoría de las veces, por el filo mismo de la legalidad. Los promotores del voto priista que confeccionaban el padrón de ese partido se confundieron con los empadronadores del IFE; la estrategia clientelar que, como bien dice Marcelo Ebrard, ya no desarrolla el partido directamente, queda en manos de las autoridades a través de programas de apoyo; si bien el retraso en la entrega de credenciales pudiera haber sido comprensible, no lo es que los plazos se alargaran y no se entregaran las copias de las listas nominales de electores a los partidos para que las pudieran cotejar (éstas se

entregaron, en el mejor de los casos, a altas horas de la noche del sábado 17 de agosto, y se descubrieron innumerables anomalías); pocas horas antes de las elecciones se designó a unos coordinadores de distrito cuyas funciones son bastante superfluas en el papel pero que recuerdan a los tristemente célebres auxiliares de la pasada legislación electoral y que eran los responsables de las mayores irregularidades.

Si nos atenemos a los hechos, en los días previos a los comicios se decidió que la estrategia por seguir era, por sobre todas las cosas, garantizar la mayoría legislativa propia, pero violentando lo menos posible la legalidad. Sin embargo, cuando un aparato como el priista es lanzado al ruedo el control se vuelve improbable y los objetivos estratégicos se convierten a la subordinación táctica que les imponen los intereses sectoriales e individuales, incluyendo, claro está, los golpes internos en pos de la sucesión presidencial. Así se llegó al *carro completo*: en todos aquellos distritos y estados que constituyan un problema real (y que en términos reales no eran determinantes para la elección global: 10 distritos en el DF, las elecciones de gobernador y las federales en Guanajuato y San Luis Potosí, las federales de Yucatán, Michoacán y Baja California) se impuso la vieja maquinaria priista, conducida por los mismos operadores de antaño y recurriendo a muchos de los vicios que ya se creían acabados con la reforma política y el fin del partido casi único proclamado el 8 de julio de 1988.

Sin embargo, el triunfo abrumador del 18 de agosto ha puesto al PRI ante un problema de gobernabilidad distinto pero no menos *conflictivo* que el que trataba de evitar. Tendrá una cómoda mayoría relativa, en la que las necesidades de alianzas serán mínimas y disfrutará con ello de las posibilidades de gobernar con la suma del poder público. Con estos resultados se perderán, así lo imponen los hechos, los difíciles pero importantes contrapesos políticos que se construyeron a partir del 88 y con ello pierden

peso e influencia los funcionarios que durante estos tres años se encargaron de conformar la hegemonía priista no a través de la imposición sino de la búsqueda de un nuevo consenso, como Manuel Camacho Solís.

Y se fortalecen los sectores, particularmente del equipo financiero, que tanto énfasis pusieron en aquella frase de Carlos Salinas de Gortari en Moscú respecto a que no se podía realizar una reforma política sin una auténtica reforma económica previa. En última instancia ese es el mensaje que nos dan estos resultados: la reforma política debe ser frenada —aun con costos internos dentro del partido y el grupo dominante— para que la nueva estrategia económica pueda consolidarse sin mayores sobresaltos políticos. Y así será porque con la cómoda mayoría legislativa que tendrá el PRI, no se requerirá de la formación de consensos sino de firmeza en el mando, de disciplina y, sobre todo, de poner en marcha una estrategia de gobierno que pueda reemplazar como interlocutores válidos a los partidos políticos por los grupos sociales organizados. No en vano T.J. Pempier se ha convertido en el autor de cabecera de muchos funcionarios: lo importante en las *democracias diferentes* son los derechos civiles de prensa, de reunión, de organización de los partidos de oposición y no tanto la orientación del voto ni mucho menos la alternancia en el poder.

Por eso, la crisis de gobernabilidad se plantea en otro sentido: no en la necesidad de encontrar consensos partidarios sino de establecerlos con amplios sectores sociales. Y si nos atenemos a los resultados electorales y a las reacciones sociales que éstos produjeron, el gobierno no ha logrado mantener esos consensos, a través del programa Solidaridad, con los sectores más desprotegidos de la población y, por medio de la nueva estrategia económica, con las cúpulas económicas del país. Las clases medias que comienzan a lograr mejoras en su situación económica permanecen a la expectativa y entre ellas persiste un sector que aún es minoritario y que está más preocupado por la real reforma política y por la existencia de una democracia formal y no diferente, y que resulta el gran desplazado, por ahora, de las decisiones gubernamentales. El desafío gubernamental es mantener ese consenso social actual en las capas altas y bajas de la sociedad,

evitando que las medias se contagien de las exigencias de liberalización política, por lo menos durante los próximos tres años, para cuando se estima que la nueva estrategia de desarrollo estará lo suficientemente consolidada como para poder proceder a la liberalización sin poner en peligro la estabilidad política. Ése es el futuro de la transición: aceptar esos plazos o trabajar para acortarlos.

Pero, a corto y mediano plazo los resultados del 18 de agosto imponen otras exigencias a los diversos actores políticos: El PRI ha demostrado, como bien dijo Raúl Trejo Delarbre, que supo aprender a perder en 1988 pero no ha sabido aprender a ganar. Los sectores más tradicionales y ortodoxos del partido, que han vuelto a levantar cabeza en esta ocasión, será ahora muy difícil que vuelvan al ostracismo político. Y esos sectores, no lo olvidemos, se oponen tanto a la liberalización real de la vida política como a la de la economía. Tarde o temprano volverán a entrar en contradicción con el salinismo que ahora los ha utilizado.

El PAN deberá redefinir su estrategia global. Pese a que en el ámbito nacional (cuando todavía contamos sólo con resultados preliminares) logró un aumento de su votación respecto a las elecciones de 1988, perdió, salvo en Baja California, y en elecciones pletóricas de irregularidades (Guanajuato, San Luis Potosí, distritos I, XVI y XXXVI del DF, Mérida) muchas de las posiciones clave que esperaba ganar o mantener para preparar su propia transición hacia el 94. En este sentido, su consolidación como segunda fuerza política del país no deja de tener, para el partido de Gómez Morín, un sabor muy amargo. Paradójicamente, por la radicalidad del carro completo, el PAN obtendrá un beneficio: su fracción parlamentaria será mucho más capacitada que la del PRI, que dejará fuera a muchos de sus cuadros, inscritos en las listas de plurinominales, reducidas drásticamente por la radicalidad del carro completo.

El PRD debe replantear su futuro si es que desea tener alguno. Su caída electoral no puede explicarse sólo con base en las irregularidades. Y es que el grupo de la izquierda radical que acompaña a Cuauhtémoc Cárdenas no ha aprendido nada de la historia y ha logrado que el cardenismo dejara de ser una importante posibilidad de centro izquierda para volver a la proporción histórica de

votos de la izquierda, que nunca sobrepasó el 10%. La necesidad de un verdadero partido de orientación socialdemócrata vuelve a ser el desafío de ese sector político que, en parte y ante el fracaso, puede optar también por una mayor cerrazón y aislamiento electoral y político. Si así ocurriera, la ruptura del PRD sería inevitable.

Para los demás partidos, salvo algunas excepciones, no hay futuro: el PFCRN seguirá jugando como el comodín del sistema cuando así lo requiera, y los que sirvan conservarán su registro a través de compromisos con las autoridades. La única sorpresa de esta elección, el Partido Ecologista Mexicano, comenzó a enfrentar, a sólo 24 horas de los comicios, su primera gran crisis interna. Si se impone el sector de Jorge González Torres sobre el de Gabriel Sánchez Díaz, la suerte también estará echada para los ecologistas: González Torres significa el liderazgo caciquil de un sector corrupto y alejado por completo de las expectativas del partido verde moderno, liberal, democrático que representan los jóvenes que lograron su importante porcentaje electoral en el DF, organizados alrededor del grupo de Sánchez Díaz.

Y sin embargo, en este panorama de crisis cruzadas, queda un elemento que no se puede olvidar: fue una votación, en términos generales, realizada en forma pacífica, con una participación que rebasó, en muchos sentidos, las expectativas y que demuestra que la sociedad no es un mero espectador del tinglado político. Ese factor tendrá que ser tomado en cuenta, incluso por quienes ven este triunfo (o esas derrotas) como definitivas, tanto dentro como fuera del gobierno y del partido oficial.



NO CONOCÍ, NI HE CONOCIDO A MARIA HELENA. Siempre me ha dado escrúpulo asaltar la intimidad de un artista, tratar de descubrir, a través de unas palabras de presentación, el misterio de la minerva oscura donde se fraguan y elaboran sus imágenes. El artista se expresa por sus obras. Su lenguaje hablado o escrito apenas puede rozar el secreto de su necesidad de crear, que él mismo desconoce en sus raíces: el porqué de ese tejer y destejer de Helena - Penélope eludiendo proposiciones y servidumbres, siendo fiel a sí misma.

En *Da poesia plástica* (Cuadernos de Poesía, 1950 - 1951). José Augusto Franca comparaba la pintura de Maria Helena con edificios y revestimientos de azulejos. Los azulejos aparecen, literalmente hablando, en la obra de Vieira muy precozmente, en el *Portrait de famille*, dibujo a lápices de colores de 1939, que crea simplemente con tres líneas que se juntan, tres planos (suelo y dos paredes) cubiertos de azulejos azules y blancos, en rombos de arlequín casero. En los dos muros hay colgados sendos retratos. Reconocemos en uno el busto de la pintora, en el otro el de un hombre, Arpad Szenes, nacido en Budapest 42 años antes, pintor que en 1925 se instala en París, donde tres años más tarde conoce en la Academia de Montmartre, la Grande Chaumière, a una joven portuguesa. Se casan en 1930; y en 1939, cuando Maria Helena dibuja ese interior, están en Lisboa, poco antes de partir para Brasil. Nada aterrador, de momento, en esos azulejos que parecen pronosticar una larga vida conyugal, hasta que la muerte los separe en 1985.

A las idas y venidas de este matrimonio (Penélope y Ulises) parecen aludir las ordenadas tempestades de un lienzo de 1944, la *Historia trágica - marítima*, que Maria Helena pinta en 1944, en donde las olas reemplazan a los azulejos. Las vidas de esta pareja se entrelazan, como sus cuadros, en un perpetuo movimiento internacional. Pero ni el matrimonio ni los viajes privarán a Vieira de su honda saudade portuguesa, de esa modesta genial hecha de silencios y discreciones.

Por lo demás, los azulejos salen por todas partes a su encuentro. *Babla imaginée* (1946) es, de nuevo, la Lisboa de cuevas y azulejería en fachadas multicolores.

Portugal es un país de inesperados y lozanos cromatismos. En una feria de Barcelos descubrió otro matrimonio. Robert y Sonia Delaunay, el ritmo sin fin de colores y formas. Es el país de lo pequeño infinitamente desarrollado, del primor hecho carácter, de la genial delicadeza, de cierta doliente ironía al sentirse siempre atado por los detalles, libre por la nostalgia. Sin proponérselo, Maria Helena, con su dramática belleza de cantadora de fados, responde en sus cambiantes perspectivas, caminos infinitos en el mar, a ese portuguesismo de sus fachadas de azulejos con ropas de colores punteados tendidas y flotando al viento atlántico.

UN VIAJE ALREDEDOR DE SU CUARTO

Como el conde Xavier de Maistre, Maria Helena emprende, a veces, un viaje alrededor de su cuarto. Hay una acumulación de casas en la Villa Alta, en Alfama, en los cuadros infinitamente ocupados, en las bibliotecas de Vieira; como en las infinitas tiendas de antigüedades de Lisboa, de Sintra, de Oporto, de Braga; como en las apasionantes librerías de viejo que Portugal reserva a sus amantes; como en las escalinatas celestiales que ocupan los altares mayores de las iglesias, de pedañitos llenos de velas, de candeleros, de flores, de bustos, de jarrones, de angelotes, en los cuadros de Vieira da Silva hay ese aspecto de la acumulación ordenada que hace tan sorprendente un paseo tranquilo por las viejas calles comerciales portuguesas, tanto como entrar en uno de los primorosamente modestos restaurantes de la Baixa, de muros de azulejos, o en las fantasías moriscas de los cafés de Oporto, ciudad tan asombrosamente de Vieira, con sus inexplicables y entrecortadas perspectivas.

La unidad en la variedad (o viceversa, la variedad en la unidad) hacen del paisaje urbano portugués y de los lienzos pintados por Maria Helena un inextri-

cable puzzle que, sin embargo, sigue siempre un diseño armonioso y hasta lógico. Hay que lanzarse a recorrer los barrios populares o los cuadros de Vieira da Silva con un espíritu optimista pero a la vez aventurero, hasta que un retazo de tela azul o rojo nos dé la clave y la bienvenida. Son pequeños universos, pueblos y cuadros, que no deben mezclarse y que si se cultivan con amor brindan posibilidades infinitas. Cada cuadro de esta artista un caleidoscopio que nos da, en infinitos añicos, el espejo de una realidad vista y sentida.

Yo iba siguiendo en mis años de París la carrera de Vieira da Silva, lo que la unía y separaba, a la vez, del grupo de Estève, de Manessier, de Singier, de Bazaine, de Raoul Ubac, de Gischia, de Henry Nouveau, de Arpad Szenes... Sus parentescos con Cézanne con Paul Klee, con Kupka, con Ernest... A veces en la Fundación Gulbenkian, en la Galería Jeanne Bucher, en el Gran Palais, vuelvo a dejarme llevar por el ritmo oscilante, el suave oleaje de su pintura, ese delicado equilibrio entre lo prolijo del rey don Manuel y lo escueto de don Felipe I. En Madrid su obra aparecía muy fugazmente, por esa crasa ignorancia del arte portugués que los españoles de hoy comienzan a corregir.

Mientras tanto, Helena - Penélope tejía y destejía sus tapices, sus delicadas redes de hilo de seda o cordones de navío, sus telarañas de puntilla, sus ramajes de viento, sus infinitas olas de materia, rechazando a sus pretendientes, que trataban de adscribirla a un estilo o escuela, fiel a sí misma, a su vocación de constructora de pasadizos y antenas, de torres y vidrieras. Como escribía el que fue director de Bellas Artes en Francia, Gaëtan Picon, *elle n'a pas fini de dire ce qu'elle a commencé à nous dire. Trop fidèle à elle-même pour pouvoir tourner la page, elle ne cherche pas à décourir, à annexer d'autres territoires: seulement à explorer le sien*. Veinte años después podemos repetirlo: porque Vieira da Silva sigue tejiendo y destejiendo, explorando su pequeño e infinito universo de líneas, planos, perfiles y tonos, hasta el regreso de Ulises, Arpad o la Belleza.

VIEIRA DA SILVA

MÁRIO CESARINY

ACTO MÁGICO EN QUE EL FUEGO SE ENCIENDE sólo para el convidado de piedra y para la fiesta del viento —así supongo la parte de duende que preside la pintura de Vieira da Silva. Una tonelada de agua irrumpe súbita, pequeños canales de mercurio defienden algunas ventanas. Todas las estructuras fueron descentradas de más de un centímetro y los montes apartados en dirección al río. El sol es blanco, frágil, variable. Sorprende la ausencia del mundo animal. "Passerelles" de ceniza cubren el puente. El tiempo desapareció. Escaleras. En un espejo cóncavo la perspectiva se recompone: "Es algo sin error, cierto, muy verdadero —lo que está arriba es lo que está abajo y lo que está abajo es lo que está arriba, para que se realice el milagro de una sola cosa". Fenómenos de gigantismo y de Liliput. Al revés de la noche rimbaudiana, el rojo y el negro —la sangre y el pus— fueron borrados. Sin embargo, esta pintura es la heredera secreta de la más importante revolución visual que nos legó en poesía el siglo XIX: las *Iluminaciones* de Rimbaud. Y el fuego que solo se enciende no es del tiempo seco, naturalista del campo: es la luz central prometeica de los alquimistas, sólo conseguida después de toda una vida de labor continua y la preocupación máxima es el pormenor de mantener el fuego a una temperatura constante. Quiere decir que se enciende sólo rodeado de obreros por todos lados. Como hoy,

dentro de los muros de las ciudades de los físicos, ese juguete no antropomórfico llamado reactor nuclear. Está implícita la no valoración de los paralelos vanidosos entre ciencia y poesía: es una metaciencia de la visión (ausencia de estilización figurativa o de cualquier otra clase, ausencia de especulación sentimental, ausencia de tentación literaria, presencia y fijación del universo a un punto, presencia y transmutación de un punto a otro universo) la humanidad de Vieira da Silva. Todavía no explicamos la pintura. Ni es creíble que por aquí lleguemos a ello. Ésta, a cualquier distancia, permite ver cómo llevó a un nuevo lecho vital las conquistas del surrealismo: primacía de la reminiscencia, bodas de la lucidez y el deseo, grafía automática, atracción de los contrarios, sistematización del azar, creación de un espectáculo avasallante, imposición del micro al macrocosmos. Ella funda, en pintura, una "kabala" imagética muy cercana a los ejercicios de extrapolación del lenguaje que, a través de la duplicidad de los sonidos, capta un verbo cuyo sentido final se nos escapa porque todavía está en nuestros ojos el discurso antiguo. Está perdida, aquí y allí, la línea de la retórica. Y en todo caso, si es portuguesa como dicen que es, esta pintura (por lo fragmentario del azulejo. No estaría mal visto si se pensara en el policromatismo bizantino y mozárabe. Más de un cuadro de Vieira da Silva alcanza la incandescen-

cia y el divisionismo "ad infinitum" de esa zona del arte. Pero es un error dramático referirse a una "tradición" ahora perdida en el metropolitano de Lisboa. En fin, recordemos, humildemente, que después de Picasso se volvió difícil ver Estremer desde arriba sin mirar hacia el cubismo) si es portuguesa, decía, lo es por la entrada en el país del esoterismo hebreo, algunos siglos antes que existiera Portugal, y en la, después de su existencia, expresión popular gótico-árabe, progresivamente sumergida por la cultura gótico-romana a la que habrían de adherirse las clases dirigentes.

Dice Vieira da Silva que cuando pinta le parece utilizar dos lenguajes, uno desconocido, familiar el otro.

Para la memoria, los nombres de los generales, de los grandes de la literatura, los nombres de los pájaros, de las ciudades, de los insectos, aquello en donde son menos por ser sólo nombres; los nombres de los números, de los ríos, de los objetos. Para el recuerdo: el acto amoroso, el mensaje en vías de ser captado, la forma, el color, ya o todavía in-nombrados. Para la memoria, los niños en edad escolar. Vieira da Silva pinta en recuerdo, más que el objeto amado, el tránsito amoroso de los objetos. Una tela de Vieira da Silva es el amor del mundo glorificado.

Traducción de Eduardo Milda
© Espacio/España escrito

CONVERSACIÓN CON MARIA HELENA VIEIRA DA SILVA

MICHEL HUBERT LEPICOUCHÉ Y GUY WEELEN

MIGUEL HUBERT LEPICOUCHÉ: UNO DE LOS caracteres más personales de su pintura, dada su estructura, es su frecuente alusión al laberinto. Al mirarla atentamente, su organización provoca un recorrido visual que, poco a poco e infaliblemente, hace que los ojos se sientan atraídos hacia el centro. Este laberinto,

como usted dijo un día, es la expresión de "una incertidumbre terrible". Por otro lado, en la obra del alquimista, el centro del laberinto es un lugar sagrado que expresa la totalidad del ser humano, su yo. Todo camino de laberinto simboliza el acceso al descubrimiento de sí mismo, de forma que se puede decir

que no existe diferencia entre el alquimista y su obra, que él mismo es la obra. Entonces, lo que usted busca, esa pequeña certitud del centro, ¿no es usted misma, el ser pintor que está en usted y que por fin ha conseguido encontrarse?

Maria Helena Vieira: No sé. Lo que busco es la pintura, ¡es difícil! Pero, usted

sabe... en mí, el laberinto tiene un origen muy curioso: cuando tenía nueve años, tenía una tía que se casó. Fue a vivir al campo, muy cerca de Lisboa, en el Norte, en un pueblito que era muy bonito, y muy frío en invierno; en esa época, incluso, se mandaba allí a los tuberculosos. Su casa era como la casa de un cura. Su marido, mi tío, ya vivía allí antes de que se casaran. A esa casa pertenecía un jardín que era un laberinto. Pero no lo llamábamos laberinto, se llamaba un "jardín a la francesa". Su ubicación era excelente, porque se extendía a lo largo de la cumbre de una colina que dominaba el valle, y más lejos se veían también otras colinas. A mí me encantaba ese jardín en el que nos paseábamos siguiendo las calles bordeadas de boj mucho más alto que yo. Siempre iba allí, y algunas veces me perdía porque había, por ejemplo, dos calles de boj, una al lado de otra, y yo nunca sabía en cuál me encontraba. Era un jardín únicamente de plantas, sin flores, de los más hermosos: sólo árboles, grandes árboles y además muchos arbustos, arbustos olorosos y luego ¡las cortinas de boj! Yo corría por ese lugar de encanto y, al llegar al final, era como si desembocara en el abismo, en el valle, con montañas muy azules a lo lejos. Era muy bonito, ¡era casi como una invitación a atravesar el laberinto para llegar a la luz resplandeciente! Me encantaba atravesarlo, pero no sabía que era un laberinto: ¡sólo sabía que era un jardín a la francesa!

M.H. Hay también otra cosa en su pintura que me sorprende mucho: la escasa presencia de rostros. Cuando hay, siempre son rostros de grupo, apenas diferenciados unos de otros. Me parece que si usted muestra tan poco rostros aislados o con carácter más acentuado, más discernible, a lo mejor es porque tiene miedo a anticipar demasiado pronto, mediante la clara expresión de un rostro, lo que usted no cesa de buscar, esa cosa que dice desconocer aun sabiendo que existe. Esa citación clara y precisa de un rostro se acercaría a ese rigor más bien frío y petrificado de Vermeer, del que usted ha hablado algunas veces y del que parece huir, como si la exactitud fuera un escorzo que le privara de su arte.

M.H.V. No sé... Sabe usted, para mí, según voy viviendo, todo se vuelve más misterioso. Encuentro que el misterio es siempre más opaco.

M.H. Una ciudad también tiene un

rostro. Y es también un laberinto, que tiene por lo tanto un corazón. De hecho, yo la considero una pintora sobre todo de ciudades, pero tratadas como los rostros: con un gran distanciamiento.

M.H.V. Sí, he nacido en una ciudad, y he vivido siempre en ciudades.

M.H. Muy interesante es sobre todo su participación en la decoración del metro de Lisboa.

M.H.V. Yo también encuentro que esas estaciones de metro son muy interesantes por su variedad. Me parece que para los pintores está muy bien poder participar en este tipo de trabajo. Para mí fue muy difícil, porque se hizo a partir de un *gouache* con muchos matices. Si pude conseguirlo, fue gracias a Cargaleiro, porque yo nunca hubiera podido dirigir a los obreros como él supo hacerlo y obtener ese bonito color. Pero me gusta también mucho su estación tan azul, tan misteriosa. Se inspiró en un motivo de azulejos que decoran una iglesia en Portugal.

M.H. Pero, para usted, este tipo de trabajo es más interesante en cuanto que el metro es sinónimo de movilidad en las grandes ciudades, sus ciudades.

M.H.V. Sí. Cuando vine a París me llamó mucho la atención, pero yo ya había visto el metro en Londres cuando tenía cinco años y me divertía mucho pasearme por él.

M.H. Cuando miro las ciudades que usted ha pintado, pienso enseguida en las ciudades imaginarias de Italo Calvino.

Guy Weelen: De todas las ciudades que Vieira imagina, no hay más que una. En el fondo, se trata de un bordado —si así puede decirse— en torno a una sola ciudad: Lisboa y, si acaso, París, desde luego, pero sobre todo Lisboa, que vuelve a aparecer en la mayoría de sus cuadros.

M.H. Sin embargo, a veces hay toda una dimensión de metrópolis moderna, con rascacielos dignos de Nueva York, que afortunadamente no tiene nada que ver con Lisboa, ciudad más bien tranquila sobre sus siete colinas.

G.W. Sí, pero las ciudades imaginarias de Vieira son continuamente metamorfosis de recuerdos, indudablemente de recuerdos del mismo objeto, del mismo fruto si usted quiere, aunque es evidente que Nueva York, que ella conoce y ha visitado, le ha dejado tanta huella como...

M.H.V. ¡París!

G.W. París, mucho, como así mues-

tran la mayoría de sus cuadros de puentes; pero el crisol, en el fondo, es Lisboa. E incluso cuando todo parece muy lejano a Lisboa, de cualquier manera, mediante raicillas muy profundas, también es Lisboa la que aparece detrás.

M.H.V. Guy tiene razón, porque cuando ocurrió lo del 25 de abril, yo escuchaba mucho la radio y hablaban del lugar en el que se hizo la revolución, y yo veía ese lugar. Está esa iglesia gótica en ruinas, y al lado veía ese cuartel instalado en un antiguo convento de Carmelitas. Entonces, cuando Sophia Mello Breyner me pidió que hiciera carteles para conmemorar la revolución, empecé a trabajar y después me dije: "¡no es posible, no voy a darte un cartel así, parece una iglesia!". Entonces le hice otro, un cartel de calle, tal y como me lo había pedido ella, con gente y con claveles rojos. Pero después, cuando me vio, me dijo: "¿Sabe usted que ha sabido representar los hechos exactamente como ocurrieron?". Esto quiere decir que Lisboa estaba dentro de mí, porque sin darme cuenta había sabido crear el cartel utilizando el mismo marco en el que tuvo lugar la revolución.

M.H. Es un buen ejemplo que nos conduce de nuevo a lo que usted antes mencionó sobre esa certidumbre cuyo objeto desconoce, pero que le hace pensar que al final acabará encontrándolo.

M.H.V. No sé si realmente un día llegaré a encontrarlo, ¡estoy tan insegura!

G.W. Respecto a todas las influencias que Vieira ha recibido, ¡Vieira es un puro producto del cosmopolitismo! Es un ser muy cosmopolita, y por ello tiene concepciones muy abiertas al mundo, no tiene fronteras, no comprende qué divide a los países, porque ha recibido influencias del mundo entero, las ha recibido con interés, las ha amalgamado a su manera y las ha restituido. ¡Es Europa antes de tiempo!

M.H.V. Ahora, esta idea de Europa no sé qué va a aportar, pero creo que ofrece una especie de esperanza.

G.W. Tu familia era portuguesa, claro está, pero hay familias que se encierran en ellas mismas...

M.H.V. Hasta la época de mis abuelos todo el mundo, en mi familia, era portugués. Después, con la generación de mi madre, todos eran ya extranjeros: mi familia es por tanto una mezcla de parentesco político. Pero yo aprendí a leer en varios idiomas a la vez, porque tenía

muchos libros, y en los libros era donde vivía.

G.W. ¿Y después aprendiste a andar en las aceras de París?

M.H.V. Mis primeros recuerdos son vistas de la montaña en Suiza, porque mi padre murió allí, en un sanatorio.

G.W. ... ¡y después están los recuerdos de Londres y los de Hastings!

M.H. ¡Así es como ha sabido desarrollar un mundo interior sumamente rico!

M.H.V. No sé, pero hay personas que hubieran podido igualmente desarrollar lo teniendo lo que yo tenía, ¿no?

M.H. De acuerdo, pero ¡no hay muchas personas que se llamen María Helena Vieira da Silva!

G.W. Fue la coyuntura de toda una serie de elementos.

M.H.V. Crecí en medio de mucha soledad. No tenía niños con quienes jugar. No tenía un hermano o una hermana, y mis primos eran menores que yo. Esto también me ha condicionado mucho.

M.H. Respecto a las personas con quienes pudo relacionarse mucho tiempo después, y más concretamente a los pintores, quisiera saber si usted tuvo contacto con Paul Klee, ya que tanto en la pintura de él como en la de usted se puede apreciar el mismo grado de sensibilidad, sobre todo de musicalidad. Él también sentía fascinación por la música.

M.H.V. Con Paul Klee no he mantenido relación. Sólo recibí una carta muy amable de su hijo, además de conocer a otras personas allegadas a él.

G.W. Lo que pasaba es que en realidad había muy pocas reproducciones de Paul Klee.

M.H.V. Como pintor, he conocido muy bien a Matisse, por ejemplo. He estudiado a Matisse y también a muchos otros pintores de la Escuela de París, pero de Paul Klee he visto muy pocas cosas, ninguno de sus trabajos relacionados con el color. Antes de la guerra, en el 33, en casa de otro pintor, leí un libro sobre él, un libro alemán.

G.W. La verdadera filiación de Vieira es Torres García.

M.H.V. ¡Es gracioso cómo reacciona ya a los 20 años al ver su pintura!

G.W. Pero eso... ¡era por tu austeridad portuguesa, querida Vieira!

M.H. Austeridad y quizá también esa sentimentalidad tan portuguesa y que además va muy bien con su incertidumbre. Más concretamente, pienso en ciertas afinidades, en sus gustos personales,

en *El entierro de Ornan* que a usted le encanta, o en el pequeño retrato de Chopin que denota una cierta tristeza.

M.H.V. Sí, pero yo también valoro mucho la alegría.

G.W. Hablaba de la austeridad de Vieira cuando usted hablaba del laberinto. Es el lado esencial de las cosas: al corazón se llega desprendiéndose de lo superfluo. Sin embargo, hay un fenómeno cierto: como Vieira es una gran trabajadora, ha permanecido mucho tiempo en su estudio y, en el fondo, sólo es feliz en él. Debido a ello hubo muchas cosas que no vio, aun existiendo a su lado, no por falta de curiosidad, sino porque su pintura reclamaba su presencia.

M.H. Quizá también la presencia de Arpad hacía que no necesitara abrir una segunda ventana al mundo, con la de Arpad tal vez le fuera suficiente.

G.W. Eso es, Arpad era la antena, salía más fácilmente a la calle. Luego, presentaba a Vieira un informe de lo que había visto y aprendido.

M.H.V. Por ejemplo, cuando tuvo lugar esa gran exposición de pintores americanos en el Museo de Arte Moderno de París, no fui. Pero Arpad la vio y se encontró con Pignon y con otra gente. A su vuelta me contó todas sus impresiones. Arpad tenía una naturaleza un poco como la mía, en el sentido de que nunca estaba completamente a favor o en contra de algo; a veces sentía que la gente estaba demasiado en contra.

G.W. Arpad era un ser muy matizado, que te aportaba tanto lo positivo como lo negativo.

M.H.V. Y además, ya sabe usted, yo trabajo lentamente, y me piden mucho: algunas veces no iba a ver cosas porque no tenía tiempo. Por otro lado, no soy una fuerza de la naturaleza; cuando era joven, siempre estaba cansada. A veces digo: "¡no siento mi edad porque cuando tenía treinta años estaba tan cansada como a los ochenta!".

M.H. ¡Eterna!

G.W. ¡La eterna cansada!

M.H.V. Yo no le tengo un gran apego a la vida, porque la vida diaria supone una gran lucha para mí. Si se hace algo, no se consigue por arte de magia, sino mediante el esfuerzo. Pero tengo una cabeza muy curiosa, ella es la que me obliga. Mi cuerpo es el perezoso.

M.H. Usted ha dicho además algo que va un poco en ese sentido: se puede hacer un cuadro prescindiendo de la pre-

sencia física, y casi se podría pintar a ciegas, utilizando sólo la cabeza y las manos. Pero, bueno..., ¡la mirada también es importante!

M.H.V. ¡Y el oído!

G.W. No, en el fondo, y es verdad, tú misma lo has dicho, conocías mejor la música que la pintura, y al estar en tu estudio, al escuchar música en la radio, al estar abonada a los conciertos del "Domaine Musical", y al estar siempre interesada por la música contemporánea, la modernidad en tu estudio por la música más que por la pintura.

M.H.V. Yo no creo demasiado en una modernidad de año en año. Creo en grandes cambios, porque si no ¡sería como la moda de los modistos! Pero también creo que en mí confluyen influencias muy variadas, no hay una sola.

M.H. Por supuesto, son encuentros, intersecciones, superposiciones.

G.W. Cosmopolitismo de influencias.

M.H. Creo que podríamos finalizar esta entrevista, si le parece bien, hablando un poco de sus relaciones con los poetas, y con René Char en particular.

M.H.V. Lo vi seis meses antes de su muerte. Pero no lo veía desde hacía mucho tiempo, porque vivía retirado en Isle sur Sorgue, ese maravilloso lugar. Es curioso, al verlo, parecía muy joven, pero estaba muy enfermo. Y de hecho, él le decía: "Estoy muy enfermo". Pero si te fijabas, no lo parecía, sólo se apreciaba cuando caminaba. Andaba muy mal.

G.W. Cuando Vieira hizo una exposición con Arpad en el Museo Granet, en Aix, por tanto muy cerca del Isle sur Sorgue, aprovechamos la ocasión para organizar un encuentro, ya que no se habían visto desde hacía mucho tiempo. Por supuesto, dimos a René Char, enfermo en aquel momento, la oportunidad de decir sí o no. Telefonéé enseguida al Museo Granet para expresar su deseo de volver a ver a Vieira y, como no podía desplazarse, le propusimos que Vieira fuera la que lo visitase en Isle sur Sorgue. Así, fueron juntos a la fontaine Vaucluse, a ver la exposición de su libro *La inclemencia lejana*, en el Museo Petrarca.

M.H.V. En una antología poética que hizo antes de morir hay poetas españoles, está Petrarca. También poetas ingleses, más bien poetisas, mujeres, y poetas rusos. La preparé con la ayuda de la chica que vivía entonces con él. Petrarca lo traducían él, porque conocía muy bien el italiano, lo hablaba incluso en casa,

con su mujer. Y de los ingleses se ocupó Tina. Tina es americana, nacida en París, pero también ha traducido a poetas rusos, porque además conoce muy bien el ruso.

M.H. ¿Y quién conocía el portugués?

M.H.V. No hay poetas portugueses, pero es un libro muy bonito.

G.W. No debía conocer a Pessoa.

M.H.V. No sé qué pensaba de él.

G.W. Quizá lo conociera de nombre, pero eso es todo. Era tan mal y tan poco traducido que no debía conocerlo muy bien.

M.H.V. En Pessoa hay a veces pensamientos que nos hacen recordar a Kafka.

M.H. Sí, desde luego, esa escenografía del absurdo y también esa simplicidad al servicio de un pensamiento tan grande.

G.W. Un pequeño detalle biográfico.

Toda la correspondencia que Vieira intercambiaba con René Char se depositará en la Biblioteca Doucet, en París. Nosotros nos quedaremos con fotocopias y entregaremos los originales.

M.H.V. Nos escribió mucho; no cartas largas, sino muchas tarjetitas, pequeñas misivas con poemas.

La Marichaleire, el 27 de julio de 1989.

RECUESTO SIFILÍTICO

GABRIEL ZAID

EN UN CORAZÓN ADICTO: LA VIDA DE RAMÓN LÓPEZ VELARDE (FCE, 1989) de Guillermo Sheridan, en el mejor capítulo (V, un supuesto diálogo en tren, donde conversan los que conocieron al poeta), dice "Rafael López" (pp. 182-183):

Hay una prosa suya que se llama "La flor punitiva" en la que confiesa haber sido "señalado por la diosa" varias veces. Esa diosa es, desde luego, Venus. Se trata del texto del que usted extrae, doctor, sus pálidas alusiones a la sífilis y en el que Ramón habla de su comercio con "las distribuidoras de experiencia, provisionalmente babilónicas", y de la "insulsa" y la "bajeza". Prestame el álbum, Chuchó. Mire, aquí dice: "El furor de gozar gotea su plomo de retreído sobre nuestra hombría: inútil y cobarde querer salvarnos de la crapulosa angustia". La angustia de la disipación. El texto está dedicado a Mario Torroella, un médico educado en París, de la edad de Ramón, que era maestro de cirugía en la Universidad y que atendió a Ramón, en 1917, en su consultorio de Tacubaya. ¿Sífilis? No sabría decirlo. Nunca me inmiscuí tanto en la bolsa de su traje para saber si cargaba su específico...

En "Una lectura médica de 'La flor punitiva'" (Vuelta 175), Ruy Pérez Tamayo no cree que el texto de López Velarde se refiera a la sífilis, sino a la gonorrea. Además considera que el "padecimiento febril agudo con gran debilitamiento, tos, dolor torácico e insuficiencia respiratoria" (que son los síntomas de los cuales quedaron testimonios) corresponden

al diagnóstico "de neumonía lobar aguda, que fue el que se hizo entonces". "Ninguna de las enfermedades venéreas mencionadas arriba produce algo semejante. Por lo tanto, no creo que su muerte haya tenido nada que ver con sus contagios venéreos."

En "Un comentario sin específico" (Vuelta 175), Guillermo Sheridan acepta que no hay sífilis en "La flor punitiva", pero defiende que "la conjetura sobre la sífilis de López Velarde, desagradable y todo, cae en la categoría de lo posible, que no probable".

En "Otra aclaración sobre López Velarde" (Vuelta 176), digo que es una conjetura muy tardía y sin base documental.

En "Otra opacidad sobre López Velarde" (Vuelta 177), Sheridan admite que "hasta ahora nada prueba que López Velarde tuviera sífilis" y que "Efectivamente, parece ser que fue en mi libro *Un corazón adicto* donde la palabra fáctica se publicó por primera vez. No obstante, apelo a mi honra para sostener que, cuando decidí tocar el asunto en mi libro, lo hice porque hubo ciertos amigos míos escritores, personas a las que respeto, que comentaron que 'corría la especie'."

No dice quiénes son sus anónimos informantes, ni cómo les llegó el "rumor ambiente", ni cómo es posible que se haya mantenido inédito 68 años (cuando tantas cosas de la vida amorosa y sexual de López Velarde se han publicado), ni a qué viene el aval de su honra. Si el parlamento de "Rafael López" es una licencia literaria, como toda la supuesta conversación en el tren, no necesita defenderlo. Basta una nota aclaratoria de que

Rafael López nunca dijo tal cosa. Si quiere que se tome como verdad literal, no tiene cómo defenderlo.

Como "nada prueba que López Velarde tuviera sífilis", Sheridan recurre al probabilismo: media humanidad la tenía. Dice que Margarita García Flores (en "Sexo y taquilla", de su libro *Aproximaciones y reintegros*) dijo que Bernardo Gastélum (en un estudio publicado en 1926) afirmó que "el 50% de la población sexualmente activa del Distrito Federal tiene sífilis" y que "el 30% de la población entre los 15 y los 30 años está infectada". Lo cual implica que los mayores de 30 años estaban infectados en un 70% (para que el promedio fuera 50%, de acuerdo con la pirámide de edades del censo de 1921). Pero tamañas cifras (muy altas, muy redondas y de tercera mano) no inspiran la menor confianza. Si media humanidad tenía sífilis, media humanidad hubiera muerto de sífilis. Sheridan cree comprobarlo con otras estadísticas: "Sólo en la ciudad de México, en un trimestre de 1926, se reportan dos mil casos de sífilis nuevos y se registran doscientas muertes." Pero la ciudad de México por entonces tenía unos 800 000 habitantes y la tasa de mortalidad era del 2.5%, lo cual da 20 000 defunciones. Si 800 eran por sífilis, no representaban más que el 4% de las muertes.

Por cierto que el discurso del doctor Gastélum (entonces jefe de Salubridad del gobierno de Calles) ante la Primera Conferencia Panamericana de Directores de Sanidad Pública en Washington (septiembre de 1926) no es un estudio epidemiológico, ni pretende serlo. Es un discurso político (del cual me dio copia

amablemente la señora Andrée Lera Buchdid, del Instituto Nacional de Salud Pública) contra los fueros del secreto profesional, la libertad matrimonial, los pudores de la enseñanza, el clandestinaje de la prostitución, que favorecen la propagación de la sífilis. El estado debe intervenir en el consultorio médico (haciendo obligatoria la denuncia de los pacientes sifilíticos), en el matrimonio (prohibiendo que se casen los sifilíticos), en la escuela (dando enseñanza sexual), en los hoteles de paso (exigiendo a los concurrentes su tarjeta de salud y arrestándolos, si no la presentan). El doctor Gastélum celebra que en el estado de Utah se prohíba a los enfermos de sífilis asistir a lugares públicos (escuelas, templos) o ejercer oficios relacionados con los alimentos. Esta exaltación de la autoridad sanitaria se volvió ley en su código sanitario, aprobado unos meses antes y del cual habló en Washington. Por eso su discurso se llama "La perse-

cución de la sífilis desde el punto de vista de la garantía social". No lleva los resultados de un estudio epidemiológico, porque los prejuicios que combate no han permitido hacerlo. Pero ahora que tiene facultades para obligar a la denuncia, "pronto estaremos en aptitud de conocer exactamente el número de enfermos de sífilis". De lo que tiene números exactos es de la sífilis como causa de muerte en la ciudad de México: 165 (en 9 043 defunciones, o sea poco menos del 2%) en los primeros seis meses de 1926.

Esto último no cuadra con las 200 muertes en el primer trimestre de 1926, citadas por Sheridan y que no están donde dice que están: *Boletín del Departamento de Salubridad Pública*, 1, 1926, p. 298 y ss. De la página 298 a la 304 hay diversas cifras relacionadas con la sífilis para el primer trimestre de 1926, pero no las que él cita. Quizá no tuvo oportunidad de verlo, porque precisamente

en ese volumen (pp. 5-24) viene el discurso de Gastélum, que no cita de primera mano.

"Una de las razones por las que calculé que se podía mencionar lo de la sífilis radica en una información pertinente aportada por el doctor Bernardo Gastélum" —dice Sheridan. Pero la información pertinente de Gastélum sugiere lo contrario: en 1921 (cuando murió López Velarde), hubo 17 699 defunciones en la ciudad de México, de las cuales 228 (poco más del 1%) por sífilis. Por esa misma vía (indirecta, demográfica, probabilística), las probabilidades de que López Velarde no muriera de sífilis son de 99%.

No hay bases estadísticas, documentales ni clínicas para salir, a los 68 años de la muerte de López Velarde, con la hipótesis de que murió de sífilis, literalmente. Literariamente, cabe imaginarlo, como especulación chismosa de dos personajes en un diálogo novelesco. Pero son cosas distintas.

VUELTA A LA TRANSPARENCIA

ENRIQUE KRAUZE

DOS DÍAS DESPUÉS DE CERRAR ESTA EDICIÓN ocurrió el fugaz golpe de estado en la Unión Soviética. La noticia nos dolió, ante todo, por el oscuro destino que parecía cernirse nuevamente sobre el pueblo ruso, privado ahora no sólo de pan sino de libertad. Qué fácil iba a ser, para los espíritus autoritarios, extraer falsas moralejas sobre la era de Gorbachov: es imposible —hubieran dicho— marchar al mismo ritmo en la reforma política y la económica. Ésta "debe" preceder "siempre" a aquella. El razonamiento no es sólo un sofisma vulgar —nadie ha probado la conexión entre el fracaso de la Perestroika y el éxito de la Glasnost— sino un argumento típicamente tecnocrático, porque deja de lado el valor intrínseco de lo que ha significado para el pueblo ruso vivir en libertad. El extraordinario experimento cívico de la transparencia, emprendido por ese pueblo y encabezado por artistas, escritores, políticos y científicos que honran a la gran tradición cultural rusa, ha sido uno de los procesos de liberación y autocritica más profundos, valientes y creativos de

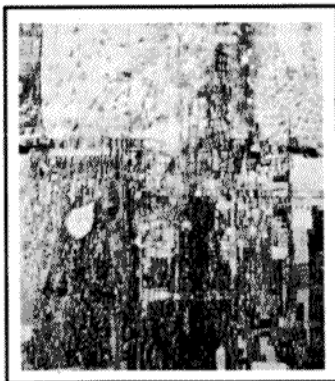
nuestro tiempo. No podía, no merecía terminar, y menos de manera sangrienta.

La noticia del golpe nos dolió por un motivo adicional. Desde su comienzo, hace casi 15 años, y aún antes, durante el lustro en que apareció el verdadero *Plural*, la revista *Vuelta* señaló sin tregua los horrores del llamado socialismo real, heredero del stalinismo. Cuando la Glasnost' apareció en el horizonte, reconocimos en su mensaje moral y en su temple nuestra propia lucha. Cuando no era seguro ni elegante ni progresista ni popular dar voz en español a las voces de la disidencia rusa, nosotros lo hicimos.

Hoy, 21 de agosto, a tres días del fallido intento, el panorama es distinto. Aunque no hay claridad sobre el desenlace final (¿regresará Gorbachov?, ¿se juzgará a los golpistas?, ¿cuál será el arreglo entre Yeltsin y Gorbachov?), todo parece indicar que el drama terminará, no como ocurrió en La Moneda en 1973 sino como el atentado de Tejero a la reciente democracia española. Y quizá sirva, como este caso, para afianzar, para

templar aún más, la vocación libertaria de los pueblos de la URSS.

Quien haya visto las cadenas humanas protegiendo al Parlamento en el Kremlin no las olvidará. Son escenas de heroísmo similares a las de Stalingrado en la segunda guerra mundial o a las célebres secuencias de Eisenstein. Eso hicieron, a eso se arriesgaron hombres y mujeres que defendían el pan de la libertad.



CONFIESE QUE SENTÍ TEMOR CUANDO JOSÉ Antonio Aldrete me invitó a participar en esta reunión.* El título del encuentro me hizo pensar, de inmediato, en desbordamientos retóricos. Pero al ver la lista de participantes me di cuenta de que bien valía la pena correr el riesgo, si alguno había. Unir la poesía a cualquiera de las otras artes ha sido común en toda la historia; en la Grecia clásica la música y la poesía eran vistas como partes de un solo arte. Pero vale la pena precisar: la poesía es una combinación exacta de palabras que descargan una emoción; también, suele definirse, acertada y sintéticamente, como "la otra manera de usar el lenguaje". Se trata siempre de algo que se crea con el lenguaje. Estrictamente hablando, no hacemos poesía al hacer arquitectura, pintura o música. Lo que hacemos es equiparar la emoción que nos produce un poema a la que sentimos ante un edificio, un cuadro o una sonata. Y no todas las emociones que nos da una composición arquitectónica acostumbramos a calificarlas como poéticas. Las sensaciones de sorpresa, de vértigo y grandeza no solemos asociarlas con la poesía. Son más bien las emociones relacionadas con la suavidad, con la calma y la voluptuosidad, o con la alegría o la nostalgia, las que llamamos poéticas en arquitectura. ¿Es por costumbre? ¿Existe alguna razón? No tengo respuesta y lo dejo a la consideración de ustedes.

Hay algo más. Desde el inicio del siglo XVII, con Caravaggio, se introduce en las artes plásticas la *provocación*. Dos siglos después, el movimiento romántico sirvió como puente para que en el siglo XX el expresionismo, el surrealismo y el dadaísmo instituyeran la provocación y la ruptura constante como sistema en todas las artes, incluyendo claro está, la poesía y la arquitectura. Pero, aunque es innegable que a lo largo del siglo el espíritu de ruptura ha guiado la creación arquitectónica, encuentro que

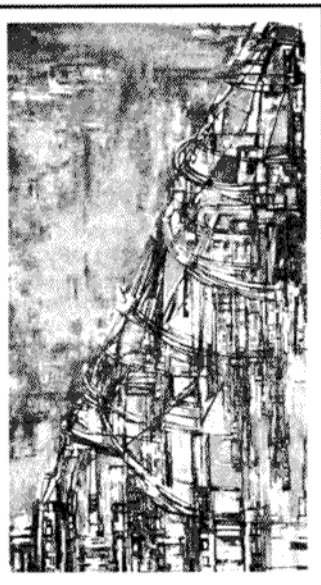
en ella la actitud de provocación no ha ido tan lejos como en el teatro y la pintura, por ejemplo.

Hay un freno que impide suscitar con la composición del espacio cierto género de emociones estéticas. Pienso en una arquitectura que de manera deliberada provocara disgusto, horror, repugnancia o, simplemente, tristeza. Nos parece inconsecuente que este tipo de emociones estéticas —subrayo para evitar malentendidos— aparezcan en arquitectura y de hecho no se han producido como en otras artes. Como si la condición esencial de habitabilidad que caracteriza al espacio arquitectónico orientara la creación a provocar emociones que podríamos denominar "positivas" (el término, claro, es ambiguo). Sobra decir que todo este tema se escurre al tratar de definirlo o simplemente al precisarlo. Wittgenstein decía que cuando hablamos de arte sólo decimos interjecciones. A eso se reducía el significado de cualquier discurso sobre arte. Ahora quiero volver sobre la segunda acepción de poesía que mencioné al principio, la que la definía como la otra manera de usar el lenguaje. Es una definición abierta y nos puede servir para insinuar una poética, es decir, una forma de hacer, si la trasladamos a nuestro campo. Más que una forma de hacer, sería una forma de ser: la otra manera de diseñar el espacio para provocar emoción. Se trata, pues, de una actitud para la cual no existe método alguno; depende únicamente del talento y del oficio del que la practica. Y no siempre da resultados, pero cuando los da, aunque sólo sea en un fragmento de la obra, surge un resplandor que emociona al visitante que se mueve dentro de ella. Esa emoción puede pasar de la nostalgia y la calma a la alegría, el asombro y la exaltación.

Cuando eso acontece, la arquitectura se convierte en obra de arte, es decir universal y sin fronteras espaciales o temporales. La historia nos muestra cómo se han hecho reinterpretaciones de un estilo en lugares lejanos y en épocas distintas. La supervivencia del arte clásico es verdaderamente asombrosa y a

la vez inexplicable. Sus tres renacimientos, que nos ha descrito Panofski, me hacen preguntarme si la arquitectura y las artes plásticas estarán a salvo de un cuarto. Pero creo que, al mismo tiempo, en toda obra de arte genuina se revelan fatalmente ciertos rasgos que la identifican con las manufacturas que se han producido en ese lugar. Sucede que una obra auténtica siempre hace una "traducción" del lenguaje de su momento histórico y esa "traducción" lleva la huella del lugar en que se hace.

Pero también estoy convencido de que esa huella no se puede predeterminar o programar, digamos, con el fin de alcanzar una identidad. Si se programa se nota. Se revela el mecanismo y aparece el pastiche. El proceso es genuino sólo cuando pasa por el subconsciente del artista y se manifiesta entonces en forma misteriosa. Es algo que no se sabe en qué consiste y es precisamente lo que hermana las formas con su lugar; algo que está en la textura, en la densidad, en la proporción o en la tectonicidad de la composición.



* Páginas leídas durante el Encuentro Internacional sobre Arquitectura y Poesía que se llevó a cabo el 15 y 16 de junio de este año en el Hotel Camino Real de la Ciudad de México.

LO QUE NO PUDO SER

JAIME MORENO VILLARREAL

EN LAS INTERPRETACIONES DEL CUADRO *Chatterton* de Henry Wallis, se mencionan frecuentemente dos símbolos: la vela extinguida sobre la mesita, y la flor cuyo pétalo ha caído. Ambos aluden a la muerte prematura del poeta derribado en el lecho. Se pasa por alto la ventana que echa luz sobre la escena, ventana de buhardilla a medio abrir sobre los tejados de Londres. A los diecisiete años, Thomas Chatterton se ha quitado la vida. De su mano rueda el botellín de arsénico que ha bebido, olor de almendras amargas, los trozos de papel de sus versos yacen en el piso. El pintor Wallis ha querido que la ventana quedara abierta para llenar de frío una habitación ya de por sí fría de muerte.

Ventilación, aire de mañana que se lleva seguramente no el alma del poeta sino la noticia de su muerte. Penetran rumores de trajín de la ciudad, murmullos crecientes que arrebatarán la fama del poeta. En la lengua inglesa del dieciocho *fame* conserva aún el sentido de rumor o habladería, opuesto al de gloria, como en estos versos de Richard Savage (1698 - 1743):

May see thee now, though late, redeem
thy name,
An glorify what else is damn'd to fame.
(*Character of Foster*)

Thomas Chatterton (1752 - 1770) persiguió en vida el renombre y lo obtuvo, mas sólo alcanzó un éxito oblicuo y murió condenado al rumor. Chatterton encarna, si se quiere, la figura del buscador de prestigio o cazador de fortuna literaria: dice su leyenda negra que fue un joven poeta que quiso encaramarse a la gloria, y fue ásperamente rechazado en el medio literario por su reputación de falsificador. Era un imitador dotado. A temprana edad, en su nativo Bristol, había falsificado en pergamino antiguos documentos literarios supuestamente escritos en el siglo XV por un monje de nombre Thomas Rowley. Chatterton procedió a solicitud de William Barrett, un anticuario de Bristol que conocía sus habilidades y le propuso confeccionar

poemas antiguos que él certificaría como auténticos. Esos poemas se hicieron rápidamente célebres bajo el nombre de *The Rowley Sequences* que, se decía, revelaban a un poeta de la estirpe de Geoffrey Chaucer. Precisamente en Chaucer había fundado Chatterton sus imitaciones. Una vez descubierto el fraude, el poeta abandonó Bristol y viajó a Londres, donde probó fortuna como escritor de parodias, canciones y poesía de ocasión en periódicos y revistas durante algunos meses, al tiempo que buscaba un patrocinio que le diera los medios de vida que, finalmente, no consiguió. Pronto se halló endeudado y en la miseria. Sin esperanza de éxito, se quitó la vida meses antes de cumplir los dieciocho años, en una buhardilla de pensión, como quiere evocar Henry Wallis en el óleo que pintara 85 años más tarde. Puede verse, a lo lejos, la cúpula de la catedral de St. Paul aquella mañana del 24 de agosto de 1770, cuando Londres amaneció ignorante del sacrificio del poeta. La leyenda negra lo llamó impostor. Será una generación posterior, la de Coleridge, Wordsworth y Keats, la que habrá de rescatar su fama para glorificarlo en la leyenda áurea del genio incomprendido. Wordsworth, quien nació el mismo año en que aquél se quitara la vida, lo nombrará prodigio, *Thou marvellous boy*...

Por esa ventana que se abre al rumor de la ciudad, el nombre de Chatterton irá de boca en boca. Los trozos de papel en el cofre y en el piso, algunos sobre un ejemplar de periódico, insinúan la confusión y la gaceta que son también pedacitos de voces que dispersan y pierden lo que pudo ser una obra literaria. Esa ventana de edificio reabre la alegoría arquitectónica de la Fama, imaginada por Ovidio: un sonoro palacio de bronce con mil aberturas por las que penetran todas las voces del mundo y salen amplificadas (*Metamorfosis*, XII). Lo que anima a evocar esta alegoría es que el cuadro de Wallis podría sugerir, por su formato abovedado, además del techo de la buhardilla, una ventana frontera abierta hacia el espectador, con lo

que el rumor hallaría aquí un crucero, y la muerte de Chatterton se edificaría en lugar de referencia, murmullo, ruido y pérdida. Es un barullo que pasa por ese silencio de muerte, mientras nosotros, curiosos, nos asomamos a la fama.

Puede ser o puede no ser. Si la imagen de la muerte que todo lo suspende recibe el baño de luz del sol saliente, esa imposibilidad de la obra deshecha en pedazos quizás se vaya encuadrando en un libro. No está por demás insinuar que la ventana se abre como libro, y jugar a que el propio formato del cuadro bosqueje un libro abierto de par en par, cuyas páginas se cambian al hojearse, abriéndose como hojas de puertas y ventanas. Porque el libro ensaya también a ser un palacio de la fama donde se deposita la póstuma celebridad del escritor. Rebuscar el cadáver yacente de Chatterton en un libro extendido es ir quizás demasiado lejos, pero si no es en ese cuerpo envenerado, ¿en dónde está su poesía?

Quizás exista alguna edición reciente, mas si se consulta el artículo que la enciclopedia *Collier's* le dedicara en su edición de 1963, las noticias suenan poco halagüeñas: el único intento hasta entonces de hacer una edición completa de la obra de Chatterton databa de 1803; no existía ni una edición crítica de sus poemas ni un retrato auténtico.

El retrato exánime que pintó Wallis fue por sustitución. El modelo fue George Meredith, escritor pelirrojo como Chatterton, quien posó para inmortalizar al otro en un gesto que encumbra el espejo de las imitaciones, de modo que Thomas Chatterton se disuelve en una representación trucada y verista. Lo que importa es exhibirlo como imagen del sacrificio en una *Pietà* sin Madre. Huérfano de la ciudad, hijo del aire. Por lo mismo, consultar su nombre en una enciclopedia no puede ser algo más natural: la enciclopedia es el lugar a donde se retiran los muertos, o mejor dicho a donde se ventilan los muertos. Auténticos palacios de la fama, las enciclopedias, de innumerables entradas y salidas, son arquitectura del rumor y del olvido. Aldous Huxley admiraba en un volumen

cualquiera de la *Encyclopædia Britannica* que no existiera entre artículos sucesivos más conexión que la letra inicial. "De orach—festejaba—, especie de espina de las montañas, uno pasa directamente a los oráculos."¹ Observación que no deja de tener, qué va, una inclinación oracular. Lo extraviado de ese orden nos asegura que el enorme ciclo que recorre la ciclopedia no clausura el universo y posibilita aún la experiencia del caos. Pero si después de consultar el artículo "Chatterton" en la enciclopedia *Collier's* uno pasa a la entrada inmediatamente posterior, se encontrará con una sorpresa que sólo el azar sabe administrar: le sigue Geoffrey Chaucer, por orden alfabético.

Huelga decir que la enciclopedia registra una abundancia de fuentes y estudios críticos en torno a quien considera "el mayor de los poetas ingleses del medioevo y una de las figuras verdaderamente grandes de la literatura inglesa". El imitador queda derrumbado en su cuartucho bajo el peso de lo que no pudo ser. ¿Le queda al suicida la esperanza de que se valore su acto final? ¿Es el suicidio la gran mentira de la muerte de verdad? ¿Le queda, pues, al suicida una esperanza?

Porque hablar de la fama literaria exige abrir el capítulo de las expectativas. Lo que no fue y pudo haber sido está vivo y corre con el flujo de lo que existe. Lo que no fue se precipita y absorbe en el rumor del mundo, lija y pule los límites de lo cierto o de lo que se da por hecho, ejerce una presión ciertamente audible (hablamos y oímos conjeturas que liman rugosidades de lo real) entre lo que hay y lo que se dice. Nuestras fuentes de imaginación se hallan en lo que pudo haber sido, y lo que no pudo ser nos pesa, no por imposible sino porque da forma a la imposibilidad que sienta sus reales en el mundo.

Según el espíritu romántico, el mundo frustra para lograrse. Por ello, la imposibilidad tiene una razón y expresa un problema social. Alfred de Vigny, quien toma de los ingleses la leyenda áurea del poeta sacrificado, escribe su drama *Chatterton* (1834), en el que vemos al poeta quitarse la vida para entregar su cuerpo en pago de una deuda. El poeta es acusado en la prensa, no de falsificador sino de plagio de la obra de Rowley, con giro que revierte y sobrepone la impostura a lo real. Chatterton

ingiere una dosis de opio —y no arsénico— después de clamar: "¡Mi nombre, borrado! ¡Mi gloria, eclipsada! ¡Mi honor, perdido!"²

Esa fama se debate en el drama de Vigny, además, como asunto de escándalo que trasciende de la escena a la discusión pública. La obra será representada en el teatro de la Comédie Française en 1835 con gran éxito de público. Vigny afirma hacerse vocero de una causa social. "¿La causa? Es el martirio perpetuo y la constante inmolación del poeta. ¿La causa? Es el derecho que tendría a vivir. ¿La causa? Es el pan que no se le da. ¿La causa? Es la muerte que él mismo se ve forzado a darse."³ La sociedad no entiende qué es un poeta. Por ello lo obliga a matar su actividad moral a cambio de una actividad (hoy se llamaría trabajo) física; a matar su ilusión a cambio de un empleo de números; a matar su imaginación para convertirse en un hombre de letras o un "gran escritor"; en todos los casos lo obliga a matar una parte de sí mismo. Si después de todos estos "semisuidios" se quita la vida, comete un crimen religioso y social, pero "¿es él el culpable, decídmelo?, ¿o bien es la sociedad que lo persigue así hasta el final?"⁴ Este reclamo expresa, de otro modo, el tránsito social del escritor, del patrocinio y la protección privados a una "profesión libre": en el reverso de ese Chatterton para el que Vigny pide "pan y tiempo" se delinea ya la figura del trabajador intelectual independiente del padrinazgo burgués. Vigny declara

que debe ser la sociedad la que le proporcione medios de vida, que la sociedad debe impedir que muera, y hace un reproche abierto a esa inmortalidad que el poeta gana sólo cuando está muerto.

De hecho la única seguridad con la que cuenta Alfred de Vigny, y sobre la que arma su causa, es que Chatterton habría muerto, en efecto, inútilmente. Pero ¿dónde está ese cuerpo que tan luengamente George Meredith tendió en el lecho como haciendo pasar por verdadero a un poeta de otra época? No se sabe si Chatterton tuvo siquiera una tumba. Áspero tornasol, siempre importuna pero siempre pertinente será la pregunta de ¿y qué tal si Chatterton no hubiera muerto? —pertinente, porque la pregunta tiene la cualidad de existir, literariamente hablando.

Así como en el óleo de Henry Wallis, George Meredith finge que es el muerto que a su vez fingió a un muerto (Rowley), y una vez concluido el cuadro se levantó y anduvo, ya en la primera mitad del siglo XIX alguien se planteó que Chatterton habría salido caminando de su lecho de muerte.

Un supuesto o verdadero librero francés, bajo el seudónimo de Samuel Bach, publicó un libro titulado *La vida bumana*, que sería traducido al español por Francisco Zarco, e impreso en México. Samuel Bach multiplica la imagen del muerto y la complica con su propia mentida identidad al afirmar que "tuve la honra de ver a Lord Chatterton, era el año de 1817."⁵



Henry Wallis, *Chatterton*, 1855-1856. Tate Gallery.

Chatterton no murió en aquella pensión en donde Alfred de Vigny lo hizo beber opio, dice Samuel Bach, sólo se quedó... dormido. Chatterton, no redimió sino despierto, se casa con una dama de noble familia y se convierte en rentista (el villano del drama de Vigny era precisamente eso). Bach lo visita para solicitarle ayuda para "un pobre joven que hacía lindos versos; pero que se moría de hambre". Demanda infructuosa. Cortésmente, Lord Chatterton lo despide: "Lo siento mucho, señor Bach, pero nada puedo por vuestro amigo, tengo mis pobres, ya veis, y mis inquilinos no me pagan."⁶

Lo que pudo ser se multiplica y prolifera, aún a costa de lo que no pudo ser. Ovidio refería que en la morada de la Fama se mezclan las verdades con las mentiras en un rumor constante de palabras confusas. Ah, Chatterton, si te hubieran cerrado a tiempo la ventana. Pero no; en el cuadro de Henry Wallis, a esta hora, se oye ya un rumor de mediodía.

En esta hora, la posibilidad de que Thomas Chatterton no hubiera muerto ha sido ventilada por una muy buena novela inglesa. El protagonista del *Chatterton* de Peter Ackroyd, un joven poeta sin éxito, descubre un plausible retrato

de madurez y unos manuscritos —incluida una confesión— que parecen demostrar que Thomas Chatterton no murió a los diecisiete años, sino que siguió falsificando documentos. La solución que propone Ackroyd es intachable: ante la imposibilidad de ganarse el pan honestamente, el poeta es empujado por el anticuario que conoce sus artes a fingir el suicidio, para seguir con el negocio de los manuscritos espurios en la clandestinidad. Por supuesto, el expediente del monje Thomas Rowley está finiquitado; ahora se tratará de producir inéditos, poemas recientemente descubiertos de los poetas muertos más cotizados del momento: Gray, Akenside, Collins... e incluso Blake, de modo tal que, a vuelta de página, "probablemente la mitad de la poesía del dieciocho fue escrita por él".⁷ Lo que, efectivamente, convertiría a Chatterton en el mayor poeta de su siglo.

Ante tal labor y laberinto de voces e imágenes que circulan por las galerías de la Fama, se ofrece la seguridad del ruido, seguridad no precaria para quien escribe: el oleaje del rumor, siempre abierto, con sus innumerables entradas y salidas le permite a alguien como yo escribir

líneas como éstas, sobre un poeta a quien no ha leído.

NOTAS

¹ Aldous Huxley, "Libros para el viaje" (1953), (trad. JMV), en *Cartapacios*, núm. 9, México, enero de 1985, p. 51.

² Alfred de Vigny, *Chatterton* (trad. José de Robles), Madrid, Ed. Calpe, 1920, p. 131.

³ Según lo expone, a manera de prólogo, en "Última noche de trabajo", *Ibid.*, p. 12.

⁴ *Ibid.*, p. 20.

⁵ Samuel Bach, *La vida humana* (trad. Francisco Zarco), México, Imprenta de Ignacio Cumplido (borrada la fecha en el ejemplar), p. 116. ¿Cuál puede ser el ascendiente de Chatterton en México? Homenajeando a Manuel Acuña, Juan José Arreola escribió su "Monólogo del insumiso", que concluye con estas líneas: "Cuando menos, me gustaría que no sólo en mi cuarto, sino a través de toda la literatura mexicana, se extendiera un poco este olor de almendras amargas que exhala el licor que a la salud de ustedes, señoras y señores, me dispongo a beber." (*Confabulario*, México, Joaquín Mortiz, 1973, p. 54).

⁶ *La vida humana*, p. 117.

⁷ Peter Ackroyd, *Chatterton*, Londres, Abacus, 1988, p. 94.

CARTA DE MADRID

MISTERIOS DE LO COTIDIANO

BLAS MATAMORO

ESTAS CARTAS INCIDEN (DISCULPE EL LECTOR la redundante observación) sobre lo cotidiano. Lo que ocurre todos los días y encierra una promesa de repetición, que vale, en segundo grado, como una sosegante profecía: seguirás vivo. Por eso, se olvida. Ahora mismo, en Madrid, hay un calor africano y el estío (no digo verano para evitar la rima) se compromete a volver enésimas ocasiones, o sea a maltratarme unos cuantos años más. Y yo estaré allí, contemplativo y estupefacto de calor, aún vivo, meditando sobre lo que pasa y queda. Lo que pasa como evento y aspira a permanecer en la palabra, que también pasa, porque es discurso, algo que discurre.

Hagamos un alto y revaloremos lo cotidiano, a ver si se sostiene una carta más. En estos días, fiel siempre a Agnes

Heller, he recorrido su último libro traducido al español, *Historia y futuro*, uno de cuyos capítulos se titula, precisamente "¿Puede estar en peligro la vida cotidiana?". Retoma mi querida Agnes un viejo tema suyo, el que la llevó, allá por 1970, aún muy hegeliana y lukacsiana, a escribir su extensa *Sociología de la vida cotidiana*. Aquí sí, las rimas se han impuesto.

Una marxista, quiero decir materialista histórica, debía contestar y, a la vez apoyarse en, las afirmaciones de Hegel sobre/contra la vida cotidiana como objeto filosófico. El maestro expulsaba de la filosofía a tal cosa. El objeto de la filosofía es, para Hegel, la alienación y el retorno del espíritu sobre sí mismo, cuando es consciente de ser universal. El hombre particular, la vida peculiar de

cada quien, no cuentan para nada en estos ejercicios de universalidad. La vida humana sólo adquiere significación en tanto realiza al espíritu universal, y ello sin darse cuenta, ya que somos históricos y hacemos la historia en contra de nuestra voluntad y a favor de nuestro deseo (apetencia dice Hegel: hambre).

En la vida cotidiana el hombre individual se reproduce como tal individuo. Parece que allí nada le ocurre al espíritu universal, nada, por lo tanto, que merezca la atención de los filósofos.

El vitalismo ha incidido en este desdén por lo cotidiano como objeto filosófico. Lo cotidiano es lo que ocurre en lo exterior, lo de todos los días, lo que vivimos sin atención y percibimos descolorido. Es lo convencional, lo que convenimos con los demás para vivir

con ellos, para con - vivir. La filosofía, al revés, se ocupa de los días domingos de la vida, la fiesta hebdomadaria, el tiempo sagrado y fuerte, las horas intensas de la liturgia, cuando todo se transfigura y se reconoce obra de los dioses.

Por aquellos años de la joven Heller, otro marxista y hegeliano, Henri Lefebvre, se inclinaba con ambigua atención sobre lo cotidiano. Creo que, a partir de él, se levanta una reivindicación de la cotidianidad como digna del saber filosófico. Para Lefebvre, lo cotidiano es lo que media (¡nada menos!) en el seno de lo humano, entre la sociedad y la naturaleza, la abstracción y lo animal. Es lo objetivo y continuo de la vida, que tiene la inmediatez como referencia. Luego están los viajes, las vacaciones (los días consagrados, los *holidays*), las fiestas, las enfermedades y la gran individualidad de la vida: la muerte. Tan individual que sólo puede ocurrir una sola vez.

¿Por qué esta revalorización de lo cotidiano en Lefebvre? Me arriesgo a pensar que a causa de su propio marxismo, ya que Marx, si ha sido algo es, en primer lugar, un historiador de la modernidad o, como él gustaría decirlo, del capitalismo. Y es en la modernidad capitalista, precisamente, donde se acentúa la división del trabajo, o sea lo particular, aparte de todos los valores de privacidad e intimidad que surgen de lo propio y privado, de la propiedad privada.

El hombre precapitalista es comunitario y su vida tiende a la impersonalidad. Su biografía se constituye por fechas litúrgicas, dominadas por la presencia de lo sagrado y la puesta entre paréntesis de lo humano. Vive preparándose para la vida eterna, adiestrándose para estar entre santos y dioses. Su dietario es un mero tránsito por lo efímero, hacia la existencia perdurable, auténtica, definitiva. Del desencuentro con Dios a su hallazgo sempiterno.

En cambio, el capitalismo produce un modelo de hombre cuyo paradigma ya no es la comunidad, sino la clase. Hay una antropología de lo peculiar, de lo parcial, de lo distinto. El hombre no puede saltar fuera de la historia y la historia está hecha de hombres diversos, que se parecen en tanto pertenecen a una misma clase social. La productividad se desarrolla infinitamente y la riqueza social ha de ser constantemente superada. La infinitud de Dios ha sido sustituida por la proliferación ilimitada

de la historia, a la cual Hegel, cerrando el ciclo, decretará sagrada.

La voz humana no es ya la cámara donde resuena la voz divina, hecha lengua popular, sino "una" voz particular, que habla desde un ángulo de la historia, desde una perspectiva subjetivizada por la fecha y el lugar. El cantar de gesta se dijo por todos y por nadie, pero la primera novela moderna, que podría ser la *Divina Comedia*, ya está dicha por la voz de alguien que dice ser o se cree Dante Alighieri. La poesía se vuelve ese lugar de conciliación entre lo universal y lo peculiar que insinuaba Lefebvre, entre el punto de vista lírico y el panorama épico. Octavio Paz ha dedicado al tema unas páginas que el lector seguramente conoce, pues ha leído *La otra voz*. Siempre en lo que decimos hay "otra voz".

Esta pérdida de la visión total, de la objetividad suma de las *Sumas* medievales, desplaza la totalidad, por paradoja, al dominio de unos pocos, al estrato privilegiado de los intelectuales. De algún modo, son los que heredan el papel sacerdotal de descifrar el universo como unidad y como sistema. Y asimismo, la antigua voz colectiva y genérica de la epopeya clásica. Para ello también han de cumplir una tarea paradójica: interpretar la historia en su conjunto saliendo de lo infimo cotidiano. Lo que viene a decirnos Hegel: el espíritu universal es digno del saber filosófico, la cotidianidad es indigna de tal cosa.

Vida cotidiana hay, estrictamente, pues, sólo a partir de la modernidad. O, si se prefieren otras precisiones, desde el capitalismo. Quien decida vincular la voz subjetiva de Dante con el incipiente capitalismo bancario de las ciudades italianas, que lo haga. Siempre que no se reduzca a Dante a ser un vehículo de la burguesía financiera, vale. En cualquier caso, lo cotidiano aparece en la *Comedia* con insistencia sugestiva. Dante nos habla de sus contemporáneos, alguno ya instalado en el Infierno. Nos cuenta sus hazañas y nos detalla sus chismes. Es un poeta de lo histórico, de lo que pasa a cada momento, de lo que tiene año y día, aun hora y minuto.

Modernidad, subjetividad: el sujeto peculiar y singular es irrepetible, porque lo es el tiempo histórico donde habita. En cierta medida, también, es incomunicable, como todo lo único. Lo moderno inventará una *kyomé* para comunicarse

entre individuos absolutos: la sentimentalidad. Y, paralelamente, surgirá lo que hemos dado en llamar "condición humana", es decir lo universal humano condicionado por la vida histórica. Y esto ¿no es, acaso, el conjunto de rasgos constantes de lo cotidiano?

La modernidad es histórica, o sea que ocurre a cada instante, y esta constancia de lo instantáneo es, precisamente, la vida cotidiana, escena y argumento de la historia. Vida libre y desigualdad, incidencia de lo peculiar y de lo continuo. Por eso se pregunta Agnes Heller si, al desaparecer la civilización de la modernidad en la proliferación abstracta de lo posmoderno o en la inmovilidad que sigue al fin de la historia, no habrá de desaparecer, también, la vida cotidiana, como lugar de lo peculiar y, en definitiva, de la libertad. Tal vez estemos recapacitando sobre lo cotidiano porque estamos entrando en una nueva Edad Media, otra vez en el mundo de los monasterios herméticos y la guerra de palabras que nos narra Umberto Eco.

Hegel daba a lo cotidiano, además, de su desdén, una de las más altas (u honderas, según se prefiera) cualidades: lo misterioso. La vida diaria es un misterio que, aunque sea parcialmente, se revelará en el futuro. En ella hacemos la historia, que nos hace y nos deshace, pero ignoramos que la hacemos. Por ello, tal vez, el carácter ritual de lo cotidiano: cepillarse los dientes, comprar el periódico, tomar el autobús, planchar la ropa, freír un huevo y el inabarcable inventario del día - tras - día. El rito nos asegura la continuidad de la vida y esa es la base (el que prefiera decir infraestructura, que lo diga) de la historia. El tiempo histórico consiste, justamente, en plantearse "un día más".

Algunos escritores han preferido ocuparse de lo cotidiano como lugar de la dignidad humana, es decir de lo que es digno de tenerse en cuenta de la existencia humana. En América Latina hemos tenido algunos ejemplos de especial interés: Salvador Novo en México, Gilberto Freyre en Brasil, Juan José Sebreli en Argentina. Son herederos de la crítica de costumbres del siglo XIX, o, yendo más atrás, de los moralistas del barroco, que situaron el lugar de la ética no en un metafísico combate entre el Bien y el Mal, sino en las *moeurs*, en los hábitos heredados y en las pautas repetidas por la soberanía de la

inercia social: lo que define una cultura, en definitiva.

Son escritores que enaltecen otro elemento de especial fuerza para la consistencia de una sociedad: el chisme. Son chismos como lo fueron el duque de Saint-Simon, los hermanos Goncourt o Marcel Proust. En el ámbito hispano: Mesonero Romanos, Pérez Galdós, por no remontarnos a los avisadores del siglo XVII y al propio y malévolo Francisco de Quevedo.

El chisme importa porque es el equivalente moderno del mito, del hecho que nadie constató ni podrá constatar,

pero que todos damos por ocurrido. El mito, en efecto, cuenta el origen del universo, el destino de los tiempos, la constitución de la cultura, etc., a través de unas historias que no le ocurrieron a nadie en ningún momento y en ningún lugar. Por eso pueden volver a ocurrir infinitas veces. Y así se da en la ritualidad de lo cotidiano, con lo cual tiene razón Hegel al darle un aire misterioso: rito, mito e infinitud del tiempo histórico se relacionan y se miden mutuamente.

No prestamos atención a lo que pasa a cada momento, porque confiamos,

inconscientemente, en que volverá a pasar. Y cuando ha pasado, comprendemos que ha sido un hecho único. Así vamos viviendo la historia, sin prestarle atención y sin advertir que es lo único que tenemos de humano los hombres modernos. Nunca se nos ocurre dormirnos mientras celebramos el memorable día que acabamos de vivir y en el cual no ha ocurrido nada, salvo que la vida se ha vuelto a salvar de la desaparición y la historia se ha reproducido una jornada más. El misterio de lo cotidiano, maestro Hegel, acaso sea el misterio mismo del Ser.

EL ESTADO DE LOS DERECHOS HUMANOS EN CUBA

MARTHA FRAYDE

EN 1986 QUEDÓ FUNDADO EN LA HABANA EL Comité Cubano Pro Derechos Humanos. Nació a partir de la experiencia de Andrei Sajarov que en 1970 tuvo la iniciativa de reclamar derechos basándose en la Declaración Universal de Derechos Humanos, proclamada por la Asamblea General de las Naciones Unidas en 1948. El modelo de organización y la estrategia de puesta en evidencia de las violaciones a esos principios fundamentales de las sociedades civilizadas, fueron puestos en práctica por el grupo Carta 77 de Checoslovaquia y el *Cos-kor* de Polonia, así como en varios países hispanoamericanos afectados por severas dictaduras militares, como fueron los casos de Argentina y Chile, fundamentalmente.

El Comité Cubano nace precisamente en el año 1976, fecha en que fue proclamada la Constitución castrista, elaborada y aprobada en el seno del I Congreso del Partido Comunista Cubano en 1975. La circunstancia del surgimiento de este Comité Cubano, pues, no fue fortuita. La Constitución aprobada respondía al modelo de la soviética de 1936, establecida por Stalin. Ante las presiones cada vez más fuertes de la Unión Soviética regida por Brejnev, para que, de alguna manera, Castro comenzase un período de institucionalización, mediante el cual su sombra caudillesca, tan inquietante a la mirada soviética, dejase paso a una mayor consolidación del Partido Comunista Cubano, el dirigente cubano da

paso a la aprobación de este texto constitucional cuyo 32% procede directamente de la Constitución soviética, el 18% de otras constituciones de los países del Este, un 13% era de innovación de los comunistas cubanos y el resto recogía flecos de la Constitución cubana de 1940. La esperada institucionalización no trajo, pues, más que la entronización en una Carta Magna de una práctica política característica de un Estado totalitario.

Allí quedó estatuido el carácter comunista del Estado cubano —la primacía absoluta de su Partido— y, como llave maestra que se guardaba Fidel Castro, una concentración absoluta de poder en manos del dirigente máximo del régimen, quien reserva para sí la presidencia del Consejo de Estado con su correspondiente jefatura de las Fuerzas Armadas, más la presidencia del Consejo de Ministros. Paralelamente, Castro es elegido Secretario General del Partido Comunista y de su Comité Central, con lo que el poder civil, el militar y el político institucionalmente regresan a sus manos. Con esta jugada, Castro complacía las exigencias formales de los soviéticos, pero, al final, terminaba por imponer su omnimoda voluntad. Siguiendo la norma del personaje de Lampedusa, lo había cambiado todo, para dejarlo igual.

La doctrina legal del Estado totalitario cubano, que hasta entonces había carecido de referente constitucional, una vez abolido el estorbo de la Constitución

"burguesa" de 1940 en el año 1960, quedaba debidamente sancionado en esta Primera Ley que habría de regir los destinos del pueblo cubano. Allí fueron recogidas las señas de identidad de un Estado cuyo Poder Judicial quedaba sometido al Poder Legislativo, éste al Ejecutivo, y los tres al poder político, ejercido unívocamente por el Partido Comunista Cubano en la persona de su máximo dirigente. Como en el antiguo Estado bizantino, se ejercía un poder césaro —papista, donde la ideología totalitaria y excluyente —nueva religión del Estado— quedaba fundida con el poder político. Ambas coronando una sola cabeza.

Éste es, *grasso modo*, el contexto en que surge el Comité Cubano Pro Derechos Humanos en Cuba. En sus inicios, alentado por Ricardo Bofill, ex profesor de la Universidad de La Habana, y por mí misma. Al poco tiempo se nos unió Elizardo Sánchez Santacruz, también ex profesor de la Universidad de La Habana. Estos tres miembros del Comité conocieron pronto la respuesta represiva del Estado, y todos, en un momento o en otro, fuimos a parar a la cárcel política. En el caso de Elizardo Sánchez, en más de una ocasión. Así, con nuestra prisión política nos convertíamos en evidencias vivas del comportamiento del régimen cubano ante la reclamación del cumplimiento de los derechos humanos. Pero no fuimos los únicos. Han sido muchos los compañeros que han

pagado con la cárcel su defensa de estos derechos humanos fundamentales.

El Comité creció lentamente. No podemos engañarnos. Una sociedad organizada para la unanimidad, para la total dependencia del Estado y sus organismos represivos, no es precisamente la más favorecedora de estas acciones molestas y que el poder absoluto convierte en marginales. No es el valor numérico, la cantidad de miembros, lo que distingue a un Comité Pro Derechos Humanos en un país comunista. La experiencia de los Comités en los antiguos países del Este —hoy en feliz recuperación para la democracia— nos enseñó el valor emblemático, espermático, que tiene la acción disidente de una persona o de un minúsculo grupo de personas. Ellos se convierten en la voz y la conciencia activa de la "mayoría silenciosa", temerosa, pues es de todos bien sabido que en estos países —y lamentablemente el caso residual cubano nos obliga a hablar mejor en singular—, que en un país como Cuba, digo, cuando se pierde la confianza política, se ha perdido todo. Sin embargo, el reducido Comité Cubano fue recibiendo nuevas adhesiones. Así se incorporaron Álvaro de Insúa, Arnaldo Escalona, Edmundo López, Enrique Hernández, Adolfo Rivero Caro, Jesús Yáñez Pelletier y otros. Y más adelante, los hermanos Gustavo y Sebastián Arcos Bergnes, Samuel Martínez Lara, Ariel Hidalgo y aún otros. A los que habrían de sumarse los compañeros agrupados en otras organizaciones de fines similares como la Comisión de Derechos Humanos y Reconciliación, dirigida por Elizardo Sánchez; el Partido por los Derechos Humanos en Cuba, presidido por Samuel Martínez Lara; el Comité Mariano por los Derechos Humanos, encabezado por Hubert Jerez Mariño o el Comité Cubano pro Amnistía con Esteban González González en su presidencia, entre otros.

Todos hemos recibido constantes muestras de solidaridad en Cuba, testimonios de llamada simpatía pero el Estado todopoderoso —y no es sólo una frase orwelliana— lo vigila y lo controla todo. El clima de sospecha es generalizado. Todos sospechan de todos. Los medios de propaganda del sistema insisten machaconamente en vallas, radio, televisión, cine, prensa escrita, discursos de los dirigentes: el Estado vigila. La extendida paranoia sólo encuentra una vía de escape en la actitud esquizofrénica

tantas veces aludida en el caso cubano. Se vive así en dos dimensiones. Una, la cara pública, oficial, donde se participa y se cumplen obedientemente las consignas; y otra, íntima, secreta a veces hasta para el familiar más cercano, en que se grita sin voz, como en una pesadilla: "no resisto más".

Durante más de 30 años el pueblo cubano ha sido metódicamente despojado de cada uno de los 30 artículos que comprenden el cuerpo de la Declaración Universal de los Derechos Humanos. El Comité Cubano, regido desde hace varios años por Gustavo Arcos, ha puesto a disposición de diversos organismos internacionales las extensas listas de estas violaciones. Existen documentos suficientes donde poder verificar los nombres y apellidos de las víctimas de estas violaciones, las fechas y los números de las causas incoadas en abierta contradicción a esos derechos humanos, los nombres y situación geográfica de las prisiones donde se cumplen las condenas, las señas de los violadores más pertinentes.

Pero, por encima del horror de cada caso particular que podamos detallar y documentar, el Comité Cubano Pro Derechos Humanos ha puesto en evidencia los mecanismos represivos estructurales y la concepción ideológica que han supuesto, de manera orgánica, el marco de referencia donde estas violaciones quedaban supuestamente legitimadas. El discurso propio del Estado totalitario genera la urdimbre de resortes que se concretan en las reiteradas violaciones factuales. Por encima de las singulares señas de identidad de víctimas y verdugos, la propia concepción del Estado totalitario, posibilita la reproducción sistemática del esquema víctima-represor-víctima. En el Estado totalitario, por su propia definición, todos los ciudadanos se encuentran siempre en una presunta situación de culpabilidad. Todo dependerá siempre del resorte que se accione para poner en evidencia al culpable en turno. El verdugo de hoy puede ser fácilmente la víctima de mañana.

Así las cosas, repasemos brevemente la violación del régimen cubano al articulado de los derechos humanos.

Art. primero. En Cuba sólo son relativamente libres e iguales los ciudadanos sometidos a las exigencias del partido único.

Art. segundo. La religión, las ideas

políticas, el origen social, ciertos peligrosos vínculos familiares pueden hacer perder los derechos y libertades a un gran número de cubanos.

Art. tercero. Los cubanos carecen de seguridad personal y su vida y su libertad dependen de una caprichosa administración de la justicia. Una justicia sometida al poder político y que no reconoce el ejercicio libre de la abogacía.

Art. cuarto. Los ciudadanos cubanos están forzados a rendir trabajo obligatorio no remunerado, cínicamente llamado "trabajo voluntario" y cuyo incumplimiento implica la pérdida de sus derechos como ciudadanos.

Art. quinto. Los múltiples testimonios llegados desde las cárceles evidencian que en Cuba se ejerce la tortura y el maltrato en las prisiones. El filme documental de Néstor Almendros, *Nadie escuchaba*, recoge escalofríos relatos de ex presos políticos.

Art. sexto. La legislación cubana desconoce la personalidad jurídica integral de sus ciudadanos en tanto que no participen de los ideales absolutos en que se sustenta el Estado.

Art. séptimo. Los cubanos no son iguales ante la ley. La *nomenklatura* vive en un status suprallegal; por otra parte, el Estado proclama que los que se apartan de la ortodoxia marxista-leninista traicionan así a la patria y no son merecedores de la supuesta igualdad.

Art. octavo. Los recursos efectivos ante los tribunales nacionales están viciados de origen en Cuba por el carácter partidario de sus jueces.

Art. noveno. Los encarcelamientos arbitrarios y las detenciones por figuras delictivas tan imprecisas como "dudosa moralidad", "comportamiento antisocial", "complicidad con el enemigo", "traición a la patria", etc., llenan los expedientes del Comité Cubano. Otro filme documental de Néstor Almendros, *Conducta impropia*, es una excelente denuncia de esta peculiar conducta policial.

Art. décimo. No existe en Cuba ningún tribunal independiente e imparcial ante el que los ciudadanos puedan ser oídos públicamente, pues el propio Estado ha generado un aparato judicial que se proclama dependiente de la voluntad hegemónica del partido único.

Art. undécimo. La presunción de inocencia ha sido borrada de los códigos cubanos y todo detenido debe probar su inocencia, sucediéndose así unas prác-

ticas judiciales que ofendían ya en el siglo XVIII los principios racionalistas de Cesare Beccaria.

Art. duodécimo. Todo cubano está expuesto a las injerencias constantes del Estado totalitario y sus organismos ejecutores en su vida privada, su familia, su domicilio, su correspondencia, y su honra y su reputación pueden ser atacadas por los mismos sin que el ciudadano tenga capacidad alguna de defensa o respuesta. La actividad vigilante de los Comités de Defensa de la Revolución, uno por cada manzana, los actos de repudio, las denuncias abiertas en los medios de comunicación, y la propia actividad de la policía política del Estado cubano violentan constantemente la intimidad de los ciudadanos cubanos sospechosos de heterodoxia política.

Art. decimotercero. Los cubanos carecen del derecho a elegir libremente el lugar de residencia en el país y su derecho de salir de su país o de regresar libremente a él están severamente constreñidos por una legislación sumamente restrictiva.

Art. decimocuarto. El derecho de asilo está impedido para los perseguidos políticos cubanos. Sucesos como los de la embajada de Ecuador en los años 60 y los más recientes en las embajadas del Perú y España, entre otras, ponen de manifiesto cómo el régimen cubano es capaz de violar la inmunidad diplomática y el principio de extraterritorialidad para coartar este derecho. Por otra parte, todas las embajadas en La Habana sufren de una custodia permanente por parte de la policía política, no para la protección de los diplomáticos sino para impedir el acceso a las mismas de posibles asilados.

Art. decimoquinto. El régimen cubano ha impedido en numerosas ocasiones el ejercicio de la nacionalidad cubana a los ciudadanos que han abandonado la isla y se imponen arbitrarias medidas para que aquellos que, aún residiendo en Cuba, deseen optar por la nacionalidad de sus mayores les sea impedida.

Art. decimosexto. La familia, como elemento natural y fundamental de la sociedad, está gravemente amenazada en Cuba por la asfixiante politización de la vida nacional. Situación que ha conducido a la fragmentación irreconciliable de numerosas familias cubanas en unos casos, y en otros a una separación física indefinida.

Art. decimoséptimo. La definición del Estado cubano impide el derecho a la propiedad privada, individual y colectivamente, y sólo reconoce la propiedad del Estado.

Art. decimooctavo. El carácter hegemónico del Partido Comunista cubano, eje articulador del Estado, impide el derecho de los cubanos a la libertad de pensamiento, de conciencia y de religión. Toda forma de pensamiento no acorde con los principios marxista-leninistas del Estado es confinada hacia los imprecisos y peligrosos límites de las llamadas actitudes antisociales o a la calificación, más insólita aún, de "enemigo de la patria".

Art. decimonoveno. El pueblo cubano carece del derecho a la libertad de opinión y de expresión, y está impedido de investigar, recibir o difundir opiniones distintas a las de la doctrina oficial. Los medios masivos de comunicación, en su totalidad están en manos del Estado que los somete a una rígida censura a través de los organismos creados al efecto y sometidos sólo al Comité Central del Partido Comunista.

Art. vigésimo. Los ciudadanos cubanos carecen del derecho a la libertad de reunión y de asociación pacífica. Recientemente, por citar sólo un caso, la prensa internacional conoció del acoso y asedio a las viviendas de los hermanos Arcos Bergnes por el único delito de estar reunido un grupo de amigos para dialogar en torno al estado de los derechos humanos en Cuba. En cambio, los ciudadanos cubanos están forzados a pertenecer a las llamadas organizaciones de masa, creadas por el régimen para ejercer un minucioso control de la población, la no pertenencia a estas organizaciones implica la automática conversión del ciudadano en un "peligroso sospechoso".

Art. vigésimo primero. El gobierno se ejerce en Cuba a través de los órganos selectivos controlados por el Partido Comunista, lo que impide que una enorme mayoría de los cubanos pueda ejercer sus derechos a participar en el gobierno de su país. Las elecciones en Cuba para los distintos niveles del llamado Poder Popular carecen de autenticidad por ser únicamente promovidas por el Partido Comunista y sus organismos anejos, sin posibilidad de que candidatos con ideologías diferentes a la dominante puedan promover candidaturas propias.

Art. vigésimo segundo. El ejercicio de una economía estatal y centrada en el poder hegemónico del Partido Comunista, la total propiedad estatal de los medios de producción y la planificación ejercida únicamente por los criterios personales de Fidel Castro, han convertido al país en un ruinoso fracaso que manifiestamente priva a los cubanos de los derechos económicos, sociales y culturales indispensables a su dignidad y al libre desarrollo de su personalidad.

Art. vigésimo tercero. La actividad laboral en Cuba depende únicamente del Estado y éste selecciona y promueve solamente a los que de manera inequívoca les muestran su fidelidad. El trabajador cubano está sometido a una ilimitada discriminación en su trabajo, tanto de carácter ideológica como religiosa. No hay más forma de promoción que las del Estado y éste exige, para su cumplimiento, la servidumbre de la ortodoxia.

No existe en Cuba más sindicato que el promovido por el aparato del Partido Comunista, sindicato único y de afiliación forzosa. El resto de los sindicatos existentes hasta los primeros años 60 fueron abolidos y la mayor parte de sus dirigentes, encarcelados.

Art. vigésimo cuarto. Los ciudadanos cubanos carecen del derecho al descanso, pues constantemente son movilizados, bien militarmente, bien por las organizaciones de masa para realizar el mal llamado "trabajo voluntario". Durante el periodo vacacional, en los fines de semana o en las guardias nocturnas de los Comités de Defensa de la Revolución, los cubanos consumen prácticamente la totalidad de su tiempo de ocio.

Art. vigésimo quinto. La economía estatal de planificación centralizada ha permitido que desde las más altas instancias del poder se hayan cometido gravísimos errores económicos, confirmados por investigadores tan objetivos como los profesores René Dumont o Carmelo Mesa Lago. Errores que han afectado gravemente el derecho de los cubanos a la alimentación, el vestido, la vivienda, la asistencia médica y los servicios sociales necesarios. Durante casi dos décadas el régimen cubano contó con los favores de una economía subvencionada por la Unión Soviética, recibiendo más ayuda que ningún otro país hispanoamericano. Los planes faraónicamente disparatados de Fidel Castro, así como su política expansionista en Asia, África y Latino-

américa han impedido que los cubanos alcancen un nivel de vida mínimamente satisfactorio.

Art. vigésimo sexto. La educación generalizada y gratuita en Cuba está sometida a la hegemonía intolerante del Partido Comunista Cubano. Los padres cubanos carecen del derecho de elegir el tipo de educación para sus hijos. La instrucción técnica, profesional y superior queda reducida exclusivamente a aquellos estudiantes que aporten un expediente político limpio de toda mácula sospechosa y libre de cualquier sombra de heterodoxia.

Art. vigésimo séptimo. La vida cultural cubana conoció un sorprendente esplendor en los primeros años de la revolución, pero, a medida que el régimen se enclaustraba más en su rígida ideolo-

gía, los mecanismos de autocensura y de represión coartaron la libertad de expresión de los creadores. No es de extrañar, pues, el alto número de intelectuales, artistas y científicos cubanos que se han visto forzados al exilio.

En Cuba no se pueden proteger otros intereses morales y materiales en el ámbito de la creación intelectual, artística o científica que los que coincidan con la ortodoxia del Estado.

Art. vigésimo octavo. El derecho a defender el establecimiento de un orden social donde los derechos humanos se hagan plenamente efectivos ha sido pagado con la cárcel y el enclaustramiento por los miembros del Comité Pro Derechos Humanos en Cuba y de otras organizaciones de fines similares.

Art. vigésimo noveno. En el ejercicio

de sus deberes hacia la comunidad en que viven y basados en el respeto de los derechos y libertades de los demás, son muchos los cubanos que han padecido y padecen cárcel y represión.

Art. trigésimo. Basado en una defensa de los llamados "derechos reales", el Estado cubano niega el cumplimiento de la totalidad del articulado de la Declaración Universal de los Derechos Humanos. Argumentando falazmente que todos los cubanos tienen trabajo, educación y salud pública, sin detenerse a matizar el contenido efectivo de estos bienes, el Estado cubano viola este artículo trigésimo con el que termino mi relación.

Este señores, es abreviadamente el estado actual de los derechos humanos en Cuba.

RENUNCIA POR CONVICCIÓN

ROBERTO CASÍN

El Corresponsal - jefe de Prensa Latina en México narra en este trabajo exclusivo para Vuelta las razones que lo llevaron a dimitir de su puesto y a protagonizar con su familia un capítulo más de la larga odisea de cubanos que buscan asilo político en otros países.

Mi esposa me llamó desde un teléfono público. Había llegado la hora cero. Salí de la oficina con mi portafolio y un paraguas. Eran casi las cinco de la tarde del 18 de junio y un torrencial aguacero caía afuera. Magnífico escenario de relámpagos y truenos para hacer inolvidable mi despedida, pensé. Bajé al estacionamiento, tomé el auto y abandoné el edificio como si lo hiciera, entre tantas, una vez más. Lejos estaban de imaginar mis colegas de Prensa Latina que ya no me volverían a ver.

Con mi familia a buen recaudo, y yo en camino de estarlo, los segundos seguían todavía pesando como horas. Las últimas dos semanas habían sido muy tensas desde que la decisión fue tomada. Se imponía actuar con firmeza y rapidez, pero también con la suficiente cautela para evitar que cualquier desliz impidiera llevar a feliz término nuestros planes. Primero, era necesario hallar un

refugio seguro, después subrayar el carácter político que tendría que tener, inevitablemente, la renuncia a mi puesto. No se trataba de una determinación de orden personal, sino de un paso acorde con la voluntad de mi pueblo y su mayoritario rechazo al gobierno de la isla.

Fueron dos semanas previas de tanteos y negociaciones. Una figura de mucho relieve en México —cuyo nombre voy a mantener en secreto por razones de confidencialidad que aún me obligan— fungió generosamente como intermediario en mis gestiones. "¿Por qué no se queda aquí? Este es un país libre", me dijo. Así fue como el asunto comenzó a tomar cuerpo. La petición de poder permanecer legalmente en México y de hacer públicas las razones de mi renuncia, fue trasladada pronta y expeditamente al más alto nivel de gobierno del país. Pero la respuesta no la supe hasta algunos días más tarde.

Mi solicitud fue aceptada. Sería documentado para continuar viviendo en México con un status migratorio diferente al que hasta ese momento había tenido como corresponsal — jefe de una agencia de prensa extranjera, incluso se me ofreció protección a mí y a mi familia ante la posibilidad de que las au-

toridades cubanas intentaran frustrar mis propósitos por medio de la fuerza, una práctica ya usual contra todo aquel que estando fuera de la isla decide no regresar.

Pero la cordura política tenía que ser mantenida en equilibrio. Como anfitrión de la inminente cumbre de mandatarios iberoamericanos en Guadalajara, México se sentía doblemente obligado —por sus tradicionalmente cordiales relaciones con Fidel Castro— a no ser el cauce de un incidente político altamente irritable para el gobierno cubano.

El lunes 17 de junio había ido a visitar por segunda vez a mi intermediario. Valoramos al detalle todas las implicaciones diplomáticas de mi determinación. El desenlace pondría inevitablemente al gobierno de México en una situación muy delicada. La declaración que había redactado apuntaba al hondo abismo que existe entre Fidel Castro y la voluntad de libertad del pueblo cubano, y apoyaba además una carta difundida por diez intelectuales residentes en La Habana, quienes abogaron por la democratización del país, la celebración de elecciones libres y, entre otros reclamos, pidieron de las autoridades tolerancia y flexibilidad para alcanzar en paz la

reconciliación de todos los cubanos, residentes en la isla o en exilio, y evitar así la catástrofe que se cierne sobre la nación.

Durante el diálogo con mi intermediario se vislumbró una segunda salida, al parecer sin las grandes implicaciones que tenía el asunto para México: España, uno de los dos países donde primero había sido difundida la declaración de los intelectuales que yo deseaba apoyar. Mi interlocutor accedió a facilitarme esa misma noche el contacto con la embajada española en México. Hasta ese momento mi nombre había sido omitido deliberadamente en todas las gestiones realizadas, por razones de suma seguridad. Sólo se había hecho mención a mi caso como el de "un alto funcionario". Pero todo secreto es perecedero, y el de mi identidad terminó ese mismo día.

Cuando regresaba a mi casa, después de la entrevista, me di cuenta de que mi auto llevaba una "cola". Varios rodeos por calles y avenidas de la gran capital sirvieron para confirmármelo. Alguien seguía mis pasos. Quizás una "filtración" había puesto a los cubanos al acecho. Si en realidad era así, entonces mis minutos para actuar estaban contados. No quise que la sorpresa se me anticipara, y luego de estacionar el automóvil en el sótano del edificio caminé lentamente hacia la puerta de acceso al parqueo; sin detenerme torcí a la derecha hasta llegar al Sanborns de Reforma y Lafragua; compré una cajetilla de cigarrillos y, de regreso, pude divisar a dos coches con sus respectivos chóferes al volante, detenidos a ambos lados de la entrada. No había dudas, alguien estaba pisando mis talones. ¿Vigilancia, o persecución? No lo sabía.

La duda aceleró, a la mañana siguiente, mi contacto con la embajada española. Di un largo rodeo antes de acudir a la cita para tratar de burlar la presencia de testigos inoportunos. El encuentro duró apenas poco más de media hora. Recibí la promesa de que mi solicitud de asilo político sería tramitada con la presteza que el asunto requería. La contestación me sería dada esa misma noche por conducto de un alto funcionario de la cancillería de ese país que, por una sorpresiva coincidencia, se hallaba a la sazón en México. Sin embargo, la verdadera sorpresa me aguardaba a la puerta de la legación española. No había logrado librarme de la vigilancia. Nuevamente tenía tras de mí unos ojos intrusos y anónimos, clavados sobre mis espaldas.

EL PRINCIPIO DEL FIN

Las horas siguientes fueron tensas e interminables. Los acontecimientos habían venido precipitándose no sólo dentro de mí, sino también dentro de Cuba. El drama interno que sacudía las conciencias de mi esposa y la mía era sólo un reflejo minúsculo de la agonía diaria de miles y miles de hombres y mujeres de nuestro país: ocultar los pensamientos para poder sobrevivir, para conservar la familia unida, para perder el trabajo ni el derecho a permanecer, con decoro, en la tierra que lo vio a uno nacer, porque esa es la regla impuesta por la fuerza en Cuba: quien muestra la más mínima señal de inconformidad con el gobierno es un paria al que todos sus coterráneos deben despreciar y humillar, para poder así salvarse del estigma.

La verdad es sólo una y absoluta, la que dicta Fidel Castro, y quien viole esta norma para expresarse con voz propia tiene sólo dos caminos: o retractarse públicamente de su "equivocación" o pagar esa osadía en la cárcel. Muchos han muerto en prisión, cientos de miles se han visto obligados al destierro. Pocas veces se dice que Cuba es una nación fragmentada y conmocionada por el odio, aunque la revolución de Fidel Castro presuma de maravillas y de pequeños pecados. La ruina económica y la destrucción moral del país son hoy más visibles que nunca. El encuentro con la verdad ha resultado muy caro para el pueblo de Cuba: tres décadas de ciega lealtad a unas ideas que hoy más que nunca se revelan desprovistas de toda humanidad y sensatez. Detrás del lema oficial de "Socialismo o muerte" se lee con mayor certeza "Fidel o muerte": el epitafio anticipado con que el caudillo trata de conservar en su puño, y a porfía, los destinos de toda una nación.

La última ocasión en que había estado en La Habana, de vacaciones (junio-julio de 1990) redescubrí a un pueblo triste, agobiado ya de los espectáculos de grandiosidad nacional con que el gobierno suele exportar la imagen de una sociedad de estabilidad monolítica y de progreso selectivo, mientras la gente dentro de la isla no tiene qué comer. Un simple golpe de vista o de oídos bastaba para comprender que en las entrañas del país la incertidumbre y un agudizado sentimiento de malestar y frustración se habían adueñado del panorama político.

El gigante seguía teniendo la cara llena de afeites, pero sus pies descalzos y adoloridos le permitían ya dar solamente pasos cortos y con mucho pesar.

Por primera vez muchos amigos, periodistas, intelectuales, simples trabajadores, militares y hasta funcionarios del Partido Comunista me confiaron a quemarropa sus verdaderos sentimientos. El país tenía que abrirse a un cambio. Cuba no podía aferrarse a un proyecto sobradamente fracasado. Las reformas políticas y económicas urgían para poder salvar a la nación. Todos coincidieron en que para ello sólo existía un obstáculo, aún en pie: el poder aberrado y anacrónico de Fidel Castro. La conclusión, inimaginable sólo pocos años atrás, se había convertido ya en un detonante activo de la voluntad popular.

Los disidentes dentro de la isla, aún acallados por la censura y acosados por la represión, se han ido transformando poco a poco en la voz nacional. Los balseros que cruzan las peligrosas aguas del estrecho de la Florida son el signo de la desesperación del país. En una cantidad escalofriante se lanzan al mar, muchas veces acompañados de sus esposas e hijos, en lo que está a su alcance: tablas de surf, flotadores improvisados, pequeñas embarcaciones maltrechas, para desafiar tempestades y tiburones. Aquellas que logran burlar el cerco militar que se cierne en torno a la isla, encaran después los riesgos de una fuga de casi cien millas, en una incierta travesía de varios días a la deriva. Más de 1 400 de ellos han sido rescatados en lo que va del año cerca de las costas de la Florida. Pero no todos lo logran. Se estima que de cada cinco que lo intentan tres perecen en la ruta.

Estos hombres y mujeres no huyen sólo de la estrechez material y la falta de alimentos. No escapan de la única vida que han conocido en treinta años sólo porque el desengaño les impulse a hacerlo. Les importa también la libertad; añoran estar en paz consigo mismos, y dejar de sentirse cómplices de un sistema político que no tiene en cuenta sus opiniones ni representa sus intereses, simplemente no quieren ser más parte activa de la catástrofe nacional. Conozco en carne propia ese sentimiento, porque fue el mismo que me obligó a renunciar.

LA ODISEA SE PROLONGA

Ya oculto con mi familia en un sitio

seguro de la capital de México, las tensiones que nos habían mantenido en vigilia durante las últimas horas fueron desapareciendo. Sólo entonces quedó despejada la primera incógnita: si estábamos a salvo era porque nuestros perseguidores lo habían permitido. No cabía otra hipótesis que la siguiente: una vez identificado por las autoridades mexicanas el funcionario que había hecho la petición de quedarse en el país, éstas se habían dado a la tarea de vigilar todos mis movimientos. Era en efecto una protección. Pero aún quedaba por resolver la segunda interrogante, en qué lugar hallaríamos refugio definitivo yo, mi esposa y mi pequeña hija.

La respuesta de la embajada española llegó tarde en la noche. Se me concedía el asilo, pero debía mediar un trámite que podría demorar algunos días, y por encima de todo se me pedía no crear conflictos. Madrid no quería echar más leña al fuego de sus discordias diplomáticas con La Habana. Esta condición significaba para mí guardar silencio. Pero mi decisión de renunciar al cargo de corresponsal - jefe de Prensa Latina no tenía un carácter privado. Yo no estaba pidiendo asilo para huir ni para obtener ningún beneficio personal. Era una decisión política dictada por mi conciencia. Me sentía obligado a exponer públicamente los sufrimientos de mi pueblo, y nada ni nadie me lo iban a impedir.

Mis propósitos estaban sólo a medias. De hecho se había producido ya mi ruptura con el gobierno cubano, pero faltaba lo más importante: difundir una declaración. Como el tiempo apremiaba y debía salir lo antes posible del Distrito Federal, a la mañana siguiente (el miércoles 19 de junio) mi intermediario solicitó una entrevista con el secretario de Gobernación, Fernando Gutiérrez Barrios, para hacerle saber que me acogía a todas las garantías ofrecidas por el gobierno mexicano. Ese mismo día, al atardecer, salí de la capital rumbo a mi destino escogido, la ciudad de Monterrey. Partimos en una furgoneta, con parte de nuestras pertenencias personales, la nueva documentación de inmigrantes que nos fue proporcionada en cuestión de minutos, y la promesa de que nuestra seguridad sería celosamente preservada.

LA ANTESALA BENDITA

Monseñor Jorge Rady nos recibió con

toda la bondad y la fortaleza de espíritu que suele irradiar el alma de un genuino servidor de Dios. Lo conocimos gracias a la generosidad de un matrimonio amigo, con el cual también conservamos aún enormes deudas de gratitud. Pero resulta insuficiente el agradecimiento para justipreciar la hospitalidad, el aliento humano y el amor a toda prueba con que nos acogieron el padre Rady y muchos fieles de su parroquia durante los diez días que permanecemos ocultos en su casa. Para el peregrino o para el refugiado no hay mayor tesoro que una mano amiga. Y esa mano la tuvimos allí con creces.

Aun a mil kilómetros de distancia de la capital me mantenía perfectamente al corriente de todo lo que sucedía en la oficina de Prensa Latina. El desconcierto originado por mi partida obraba a mi favor. La embajada cubana sólo atinaba a repetir a quienes indagaban por mi paradero que "aún eran desconocidas las causas aparentes de mi desaparición." Apresurado por tomar la iniciativa, y presuntamente informado por alguna fuente de su simpatía, el embajador cubano, José Fernández de Cossío, declaró que México me había negado el asilo político. Su intención era clara: substraer para provecho del gobierno de Cuba un gesto a su favor de las autoridades mexicanas, las mismas que sin embargo me habían provisto de documentación expedita y me mantenían bajo un cerco protector.

El vacío informativo dio pie a una versión infundada, según la cual yo había pedido asilo en la embajada venezolana, algo que nunca llegó a ocurrir. Después el embajador Cossío calificó mi renuncia de "cobardía", sin reparar que con su apreciación precipitada no hacía más que sacudir el subconsciente de muchos funcionarios del gobierno cubano que, con posiciones políticas similares a las mías, no han podido aún vencer el temor a actuar con dignidad y afrontar los riesgos de expresar abiertamente todo lo que piensan. Es la filosofía del miedo como soporte de una mayoría silenciosa, a la que se le exige ver toda oposición al régimen como un acto de cobardía, y para la cual la lealtad no puede ser otra cosa que un equivalente de la sumisión.

El tratamiento que me dispensaron las autoridades de Gobernación en Monterrey fue muy amable, pero las negociaciones para poder hacer pública mi

decisión sin perjudicar a terceras partes fueron en todo momento tensas. En consecuencia, el lunes 24 de junio me puse en contacto con el consulado norteamericano. Mi petición de asilo en Estados Unidos fue tramitada con suma diligencia. Sólo quedaba pues ajustar los pormenores del viaje que, según se me dijo, sería inminente. Mientras tanto, un nuevo horizonte se perfilaba ante mí. Las angustias de mi pasado se iban disipando.

En México había dejado a una comunidad diplomática cubana en permanente ajeteo. Se aproximaba el día en que Castro haría su aparición en la cumbre de mandatarios iberoamericanos de Guadalajara. Las medidas de seguridad tendrían que ser extremas. Decenas y decenas de hombres venidos directamente de La Habana, con inconfundible ceño policíaco, habían invadido las instalaciones de la embajada y los predios de la capital tapatá. El costosísimo dispositivo de seguridad que suele acompañar a todas partes a Fidel Castro es invariablemente el mayor y más importante séquito de un hombre tan obcecado por el poder como por el miedo a la muerte.

Aun cuando muchos dudaban de su viaje a Guadalajara, siempre lo di por seguro. Su gobierno no tenía otra salida que la de asirse a la tabla salvadora de Latinoamérica. Fidel Castro no fue a México en busca de una misericordiosa tregua política, lo único que a regañadientes obtuvo; más bien quería petróleo, alimentos y divisas para ganar tiempo, respiro, y aplacar las tempestades internas que amenazan con echarlo del poder. Pero el escenario y la aureola de su propia tozudez no le fueron favorables. Su lenguaje de guerra y su vocación cataclísmica fueron la nota discordante en una América Latina abierta a la democracia, a los cambios y a la pluralidad.

Tres décadas de administración indolente y corrupta han sumido a Cuba en la más severa de las crisis de toda su historia. La independencia y soberanía proclamadas a voz en cuello por la Revolución se fueron revelando como la gran falsedad para una nación cuyo gobierno lo único que hizo fue encubrir el rostro de la nueva dependencia. Los cambios en la Unión Soviética y la extinción del Bloque del Este dejaron a la isla a merced de sus propios recursos, empobrecidos y exhaustos. La gran tragedia se hizo entonces más visible: treinta años de sacrificios y enormes privaciones de

todo un pueblo habían servido para proporcionar una vida holgada y placentera sólo a quienes se han dicho siempre los mejores defensores de la independencia y privilegiados garantes del bienestar nacional.

En mis diálogos con Monseñor Rady, durante los días de refugio en Montevideo, afloraron todas las miserias y calamidades por las que ha atravesado Cuba, tan urgida de una definitiva bendición: su juventud desarraigada y sin expectativas de una vida decorosa, la moral y la familia desmanteladas en nombre de una patria cuyos atributos son patrimonio exclusivo de quienes la gobiernan; la libertad sin alas, para que no pueda echar a volar.

Inclusive, la salud pública en la isla, tan celebrada aún por muchos, es sólo una guirnalda engañosa: ni más hospitales ni más médicos hacen más feliz al

hombre si éste no tiene pan y ni siquiera su voz le está permitido alzar. La educación es otra de las vitrinas del sistema, pero no se educa a un pueblo sólo proporcionándole escuelas e instrucción gratuita. La educación —decía José Martí— es preparar al hombre para la vida. Y quien mejor educa es quien enaltece en el hombre el derecho y el conocimiento de la libertad.

Pero el dogma quizás más demoledor para los cubanos ha sido el de la falsa moral. La simulación ha alcanzado en Cuba límites insospechados. Fingir es un acto cotidiano que garantiza la sobrevivencia. Todo el que vive en la isla está obligado a callar y a aplaudir lo que los dirigentes del país disponen, so pena de pagar muy caro las consecuencias de hacer valer el juicio propio. Hace algunos años, un amigo íntimo afirmó que las escuelas y universidades de Cuba, en

vez de educar fomentaban el cinismo entre los hombres. El tiempo le ha dado la razón. El cubano tiene que enmascarar lo que en verdad piensa para poder tener un trabajo seguro y evitar represalias personales y contra su familia. Su personalidad, por naturaleza cordial y franca, se ha transformado en un engredo de docilidad e hipocresía.

Mi viaje al exilio era producto de una larga y desgarradora reflexión, la ruptura es difícil para quienes nos hicimos adultos dentro del sistema. Atrás quedan familiares, amigos y sueños inconclusos, también el suelo y la gente propia, el trabajo tenaz y los desvelos del sacrificio y de la pasión. El precio es alto, pero mucho más se pierde de sí cuando se acepta vivir en las sombras, guardando en silencio la complicidad con un gobierno que ha traicionado los intereses de toda la nación.

LA OTRA CUBA

JORGE EDWARDS

FIDEL CASTRO Y LA REVOLUCIÓN CUBANA han sido los mitos más arraigados de nuestra época. Han sido mitos contruídos con talento, con astucia, con una buena dosis de suerte, y también con la complicidad, ayudada por la mala conciencia, por el sentimiento de la culpa, de la comunidad intelectual de Europa y de América. Fidel halagó primero a los intelectuales, en la década de los sesenta, y después, cuando ya estaba bien consolidado en el poder y cuando la disidencia asomaba su cabeza, es decir, cuando podían ponerse peligrosos, los dejó caer. A pesar de eso, el mito continuó vivo durante mucho tiempo. En algunos sectores, sectores ya muy minoritarios, ha continuado vivo hasta ahora mismo, pese al espectáculo del derrumbe generalizado de los regímenes comunistas.

La leyenda positiva de la revolución tenía un reverso indispensable, una cara opuesta que necesariamente debía estar satanizada: la de la oposición y el exilio. Durante treinta años y en círculos muy difundidos, ser enemigo del castroismo ha sido mirado como una de las formas del mal, de la limitación moral y política, del error en el sentido más

amplio del término. Ha sido un fenómeno sorprendente, que tendremos que estudiar por medio de la historia, de la sociología, de la psicología individual y colectiva, quizás de otras ciencias. Naturalmente, influía el sentimiento de la justicia, de la desigualdad de fuerzas entre el David de Cuba y el Goliath de Washington; de la revancha, para los españoles, después de la derrota de 1898; de los derechos de los países del Tercer Mundo. Fueron situaciones extremadamente complicadas y aprovechadas con singular habilidad desde el poder. Gracias a los complejos, a las complacencias, a la ausencia de crítica en Occidente, el castroismo pudo actuar durante todos estos años, en el interior de la isla, con una impunidad monstruosa, disfrazada con la fachadas ideológicas bastante simples. La historia de la revolución cubana, sobre todo en estos últimos diez o más años, ha sido la historia de la somnolencia de nuestra razón crítica. Si esto no se ve con claridad todavía, empezará a verse muy pronto, para confusión de mucha gente.

Entre otras cosas, la opinión acrítica se ha quedado con la imagen de un exilio

de carácter batistiano, formado por algunos ricos azucareros y por los esbirros de la dictadura de Batista.

Después de treinta y dos años de prisiones políticas, de éxodos a menudo inverosímiles y en muchos casos heroicos, aunque la palabra pueda repugnar a mucha gente cuando es aplicada al "otro lado", creer que ese exilio no ha cambiado ya de naturaleza es perfectamente absurdo. Como digo, el absurdo y el simplismo no han faltado en la visión de la revolución castrista. Por primera vez se ha celebrado en Roma, en estos días de finales de junio, una reunión en que Europa, o por lo menos Italia y Francia, aunque todavía en forma tímida, han escuchado con seriedad, con atención, el enjuiciamiento de Castro y de su régimen por los exiliados. Ha sido una reunión importante, enormemente instructiva, por momentos dramática, y sin duda marcará el comienzo de un movimiento de solidaridad creciente. Una de las cosas que demostró con notable claridad es que si Castro y el castroismo se encuentran en una situación de anquilosamiento casi completo, el exilio cubano se ha modernizado y adquirido madurez política.

A veces tuve la impresión de que el trabajo de muchos de los exiliados en universidades norteamericanas y europeas les ha dado un estilo más pragmático, más científico, más dubitativo, menos chillón y demagógico, del que predomina en la mayoría de los conglomerados políticos latinoamericanos e incluso hispánicos de estos días. En el encuentro de Roma hubo información abundante, necesaria para comprender nuestra época, aunque muchos todavía no lo crean, y hubo reflexión crítica y autocrítica. Quedó en claro, de paso, la intención de la oposición cubana de mantener buenas relaciones en la Cuba del futuro con la Unión Soviética, y sospecho que también

quedó en claro, aunque de un modo puramente informal y extraoficial, a través del corresponsal de *Izvestia*, que este deseo era probablemente compartido por la otra parte.

La proposición central de la conferencia no estuvo exenta de cierto realismo. Fue realizable, imaginativa y, en alguna medida, conciliadora. Se pidió que la Unión Soviética y los Estados Unidos se pongan de acuerdo para retirar todas sus fuerzas militares instaladas en la isla: los numerosos expertos y la brigada rusa, por un lado, y, por el otro, las tropas que ocupan la base naval de Guantánamo. En seguida, el gobierno de Cuba debería permitir al pueblo cubano "expresar su

voluntad" en materia de reformas políticas y económicas, y si esto fuera cumplido, el gobierno de Estados Unidos se comprometería a levantar el actual embargo económico.

A pesar de su realismo, parecen, precisamente por tratarse de Cuba, proposiciones utópicas. ¿Podrá ocurrir que el comunismo se derrumbe en Europa y subsista en la periferia, en América Latina, en África, en Asia, como ocurrió en alguna medida con el fascismo después de 1945? Es una hipótesis desgraciada y triste, pero no del todo inverosímil, y tenemos que formar conciencia para que las cosas no ocurran de esta manera.

DECLARACIÓN DE INTELLECTUALES CUBANOS

Nosotros, intelectuales cubanos, profundamente preocupados por la peligrosa situación que vive el país en estos momentos, nos hemos decidido a intentar promover una actitud razonable y moderada en todos los sectores integrantes de nuestra sociedad, para, entre todos, evitar la catástrofe económica, social, política y cultural que se nos encima. Para ello creemos debe llevarse a cabo un debate nacional, sin exclusiones, en el que participen todos los cubanos interesados en el futuro de la nación, que es sin dudas, nuestro futuro. Esto es lo que nos mueve a presentar a la actual dirección política las siguientes propuestas, dejando bien claro que no creemos poseer toda la verdad, sino una visión muy parcial de ella. Urgimos a los obreros y científicos, militares y sindicalistas, campesinos y estudiantes, a las amas de casa y en fin, a todos los ciudadanos para que contribuyan activamente en la busca de una solución que aleje de nosotros el hundimiento como estado civilizado. En esta hora la política es demasiado importante para dejársela a los políticos. Toda verdad absoluta es en verdad una verdad obsoleta.

MEDIDAS PARA PROMOVER Y ASEGURAR UN AMPLIO DEBATE:

1. Elecciones directas a la Asamblea Nacional, sin restricciones.
2. Eliminación de las limitaciones migratorias.
3. Reactivación de los Mercados Libres Campesinos, para evitar la hambruna que se nos avecina.
4. Petición de asistencia a los organismos especializados de las Naciones Unidas con el fin de evitar la escasez de medicinas y el previsible aumento de la mortalidad.
5. Decretar amnistía a todos los presos de conciencia y aquellos que intentaron abandonar el país de forma clandestina: no se puede condenar a un ser humano por seguir el dictado de su instinto de conservación.

María Elena Cruz Varela
Roberto Luque Escalona
Raúl Rivero Castañeda
Fernando Velázquez Medina
Manuel Díaz Martínez

Víctor M. Serpa Riestra
Manolo Granados
Bernardo Marqués Ravelo
Nancy B. Estrada Galbán
José Lorenzo Fuentes

DE XAVIER VILLAURRUTIA A CARLOS PELLICER

Con una carta ilustrada de Villaurrutia (que le pide a José Gorostiza que incluya en el mismo sobre de una que manda a Pellicer), el pintor Carlos Pellicer López, sobrino del poeta, enriquece nuestro buzón mensual. También a Pellicer López, y a Marta y José Gorostiza, debo el poder anunciar que pre-

paro una correspondencia Gorostiza - Pellicer que cubre los años 1917 a 1927 y que confío difundir en un futuro no muy lejano.

Debo anunciar, también, que nuestro buzón de fantasmas, como es lógico, no ha sido muy utilizado últimamente y corre el riesgo, si no de ser clausurado

por falta de usuarios, si por lo menos de dejar de ser mensual. Solicito pues, a amigos y colaboradores de Vuelta, que se tomen un momento, remuevan sus archivos y encuentren una misiva que depositar entre estas telarañas que no deben dejar de seguir permitiendo el acceso al más allá. G.S.

(Transcripción)

(México, 1927)

ULISES EDITORES

Carlos

¡Estoy aburridísimo!
Sauve qui peut!

Manda colaboración

Salvador regresa hoy del Hawai

Agustín Lazo es una amistad maravillosa.
Búscalo.

Muy bien tu libro. ¡Que semana holan-
desa! Y cuántas cosas más.

DEPARTAMENTO DE SALUBRIDAD
BOLETIN OFICIAL

MEXICO 1927

Cada día eres más tú mismo. Tengo el
remordimiento de no haber escrito an-
tes de ahora,* sobre tu poesía.

*Ulises 2

¡Horror!

Alfonso y yo no nos entendemos de cer-
ca: necesitamos el mar de por medio.

Pepe Gorostiza no me deja decirte algo
importante. Me está chingando, asoma-
do a esta carta.

Tal vez, tal vez.

¡Esperanza!
Y a mí qué.



OWEN EN LIMA Y NUEVA YORK

En mayo de 1952, José Alfredo Hernández publicó en la revista limeña *Mar del Sur* una nota luctuosa titulada "Gilberto Owen muerto en New York". Vale la pena su reproducción total:

La frágil figura humana de Gilberto Owen, ha sido segada por la muerte. En la fría ciudad de New York y en marzo ha caído el fino poeta y autor de *Novela como nube*. Conocí a Gilberto allí, por 1932, cuando ejercía el Consulado de su patria en Lima; magnífico conversador, fino espíritu y alada figura, transmitía a su simple vista el halo de la gente de jerarquía; poeta, entrañablemente poeta, empezó en esta Lima, embriagado y sensual, a vivir intensamente.

Amigo de la noche y del suburbio, supo exprimir a las madrugadas su encanto; y al filo de los días epifánicos era cuando más se abría su mente y su talento para convertir en dulce manjar el fruto de sus ideas. En las calles alargadas por el silencio nocturno, embargado por la embriaguez del alcohol y de la divina gracia, en esas coruscantes alboradas limeñas, era su discurso más diáfano y su verbo más poético.

Un día desapareció de Lima; el fino y amabilísimo poeta había convenido por amistad en una circunstancia antigubernista; salió. Dijeron que estaba en Bogotá. Alguna vez unas palabras preñadas de recuerdo; alguno pegado a una novia peruana y todos plenos de idealismo, de humanidad y poesía. Gilberto Owen, como la palidez de su cutis, siempre fue un recuerdo; un recuerdo de algo que nos precedía; por eso aun estando presente —palidez, gálibo y frío permanentes en él— siempre teníamos la seguridad de ser sólo una imagen de sí mismo, una fotografía, la presencia del evadido. Por eso igualmente, nunca echábamos de menos a Gilberto Owen. Pero hoy ante lo real y efectivo de su ausencia; ante la rasgadura de su presencia, muerto en la fría ciudad de New York, sentimos la partida del amigo, su levar de andas y su rumbo hacia otra vida como nube.

TIEMPO FINAL

Debo la información que antecede a Rafael Vargas, quien asimismo me ha

hecho llegar el último número (el 101) de la revista *Casa del Tiempo*, editada por él para la Universidad Autónoma Metropolitana. La portada es de Andrew Wyeth, y entre las colaboraciones sobresalen las de Gonzalo Rojas, Lewis Thomas ("La membrana más grande del mundo"), J.G. Cobo Borda, Pitot, Segovia, Melo y Gonzalo Halfter ("La ecología ante la crisis global"). ¿Será en verdad un último número?

POLICÍA

Toda corrupción social es indeseable y su presencia en cualquier grupo de la sociedad contemporánea suele mostrarse difícil de extirpar. Pero la corrupción policiaca en México constituye uno de los espectáculos más deprimentes e inerradicables. Desde siempre se ha puesto el grito en el cielo por los continuos desmanes de la policía y por lo inerte que se siente el ciudadano ordinario —y aun muchos distinguidos— ante la prepotencia y arbitrariedad de los supuestos agentes del orden. Y sin embargo, pese a que vienen y van presidentes, gobernadores, regentes y demás autoridades federales y locales, las cosas en tal capítulo marchan cada vez peor. En la Ciudad de México no han faltado promesas ni buenas intenciones; y en otros aspectos no pocos dramas capitalinos se han aliviado. Con todo, nada ni nadie parece capaz de regularizar y controlar un servicio público que debería ser, en efecto, de protección y vitalidad, pero el cual —con sus excepciones, claro— resulta agresivo y torpe contra el inocente. Conocemos abundantes explicaciones sociológicas y económicas del problema. Pero ello no basta, aunque bien sabemos de las enormes dificultades que presenta la cuestión, quisiéramos algo más concreto, más visibles y eficaces reformas. Entretanto, continuaremos preguntándonos en latín *Quid custodes custodes ipsos?* Y en vernáculo, para consumo popular: ¿quién vigila a nuestros vigilantes? (Incluidos, no faltaba más, los de tránsito.)

EL RESTO DEL MUNDO

Claro que el problema de la vigilancia policiaca es universal. No habremos de los regímenes dictatoriales; en los democracias Estados Unidos de América, los noticieros habituales se encargan de informar sobre excesos, arbitrios y tratos crueles perpetrados por los agentes del orden en Nueva York, Los Angeles, etc. Pero allí, al menos se abren investigaciones, se enjuicia de vez en cuando, a los culpables. Y la sociedad no ve automáticamente al policía como el enemigo por antonomasia.

EQUILIBRIO

Para equilibrar o compensar lo que antecede, declaro una vez más mi disfrute sistemático de la novela policial, que alivia depresiones, fatigas y demás caídas de ánimo. Philip Guedalla y Dorothy Sayers llamaban a este género "un deporte, de nobles mentes". Y Somerset Maugham sostenía que la abundancia de lectores que semejantes libros suscitan obedece a la seguridad, que el público tiene en el caso, de que se trata de novelas que efectivamente cuentan una historia: circunstancia muy rara en la época presente.

AFICIÓN UNIVERSAL

En Hispanoamérica, es conocida la afición de Alfonso Reyes y Jorge Luis Borges al género policial. En Francia, Roger Caillois escribió toda una *Sociologie du roman policier*, y Ramón Fernández (de liberadamente francés, pero hijo y nieto de mexicanos) también publicó ensayos sobre el mismo tema. En Estados Unidos fueron adictos eminentes Woodrow Wilson, Franklin D. Roosevelt, George C. Marshall. Y ya en una temprana biografía de Lincoln (1860), William Dean Howells hacía constar la devoción del prócer por los relatos detectivescos de Edgar Allan Poe.

DUBUFFET

Por lo visto, la obra de Jean Dubuffet no ha envejecido. En París la exhiben

simultáneamente la recién inaugurada Galerie Nationale du Jeu de Paume, y la Galerie Jeanne Bucher. El propio Dubuffet escribió sobre su pintura, que sus imágenes "no quieren mostrar nada que

pueda nombrarse. No son, sin embargo, en lo absoluto, no figurativas. Pretenden figurar (o más bien evocar)... el mundo que nos rodea y del que formamos parte, una óptica en la cual ya no aparecen

cosas (cosas que tienen un nombre) sino solamente hechos o, mejor dicho, movimientos, tránsitos tumultuosos en el seno de un continuum que no contiene vacíos".

CARTA DE COMPLIC

OFERTA POLÍTICA

GUILLERMO SHERIDAN

EL PRI CONCIBIÓ UN AUDAZ SLOGAN PARA LA campaña electoral que culminó el pasado 18 de agosto (ahorita, a principios de agosto, casi todos ignoramos los resultados, pero me atrevo a augurar que triunfará la democracia). El slogan es: *Para que sigan los cambios*. Este slogan se nos apareció por todas partes durante la campaña. Como es tradicional, el cambio se anunció por medios acostumbradamente novedosos:

1) *La oferta impresa*. Fue la más recorrida por la imaginación del PRI (y, claro, también por "los partidos", los "partidos" y los partidos). Consistió en imprimir millones de banderolas de plástico que tienen como objetivo encender la conciencia cívica del electorado y que se cuelgan sobre las avenidas urbanas.

2) *La oferta pintada*. Los empleados del PRI llegaban a una barda, sacaban sus botes de pintura y en un instante pintaban el escudo del partido, anotaban el slogan y el nombre del candidato (p. ej. EDGAR OMAR PONTONES). Si quedaba sitio se pintaba también la oferta personal del candidato (p. ej., POR UN ONMATOPEYATEC DIGNO).

3) *La oferta comestible*. Como su nombre lo indica, esta propaganda consistió en colocar la oferta política junto a un poco de queso de puerco adentro de un bolillo, con un poco de cáchup y un chile jalapeño.

4) *La oferta auditiva*. En un llano junto a una colonia precarista en la que lo único divertido que ha pasado en años fue una epidemia de lepra, el ofertador acude a un mitin para explicar el cambio. Entre una oferta y otra, el baladista Otis Ramón explica al electorado lo apasionado que andaba, o el charro Juan Güevotes canta lo mucho que lo hizo sufrir una dama que luego resultó ser una cualquiera.

5) *La oferta practicable*. Esta forma de propaganda consistió en plasmar artísticamente la oferta en un útil vaso de plástico, un llaverito, una camiseta unitalla, una gorra, una cubeta mediana o en un andador de concreto que pasa por arriba del muladar.

6) *La oferta celebrerrima*. Consistió en reclutar como ofertadores políticos a candidatos con un alto IRP (índice de reconocimiento popular): un nadador que hace 23 años ganó los cien metros de pecho y luego lloró fue recordado por 32% de los votantes; un locutor que anunciaba camisas de melamina ponderosa (40%); una actriz que ha sido compulsivamente maltratada en las pantallas por hombres viles desde hace cosa de cincuenta años (99%). (Hay políticos profesionales con IRP más altos aún, pero negativos, por lo que prefieren quedarse en la sombra y coadyuvar desde ahí.)

En todos los casos anteriores la premisa consistió en suponer que una persona equis tenía demanda de cambio, pero no atinaba con la oferta adecuada. "¿Por quién votar?", decía. Entonces, miraba una tira de banderolas, o leía una barda, o bebía un trago de Lulú, o miraba su llaverito, o se comía una torta o se acordaba de cómo sufrió la actriz cuando Francisco Fabricio la maltrataba, y concluía: "¡Claro, pues por el PRI!", y salía del predicamento. (Todos estos recursos son privilegio del PRI, que es el que tiene el dinero para financiarlos, lo cual hace pensar en que si tiene tanto dinero es porque tiene muchos militantes que lo aportan, lo cual hace pensar en que si sus seguidores le dan dinero, con mayor razón le darán su voto, lo cual hace irrelevante su propaganda, etc.)

En resumen, podemos concluir que los procedimientos para convocar al votante a que expida su voto, se caracteri-

zan por satisfacer uno de los siguientes requerimientos o todos a la vez: subestimar su inteligencia, estimar su dignidad, sobreestimar su sentimentalismo y explotar su fe en que pronto tendrá trabajo en la cada vez más poderosa industria de diseñar, elaborar, instalar, pintar, despintar, desinstalar y tirar propaganda a la basura.

Pero la propaganda funcionó, como se vio desde lo que pasó en Nuevo León, donde, como señalan los observadores independientes, votó por el PRI un veloz neolónés cada 45 segundos, a pesar de que el procedimiento normal suponía un mínimo de dos minutos para identificarse, recibir su desayuno tricolor, ser cotejado, recibir sus boletas, acudir a las urnas, votar, recoger su credencial, ser marcado con tinta indeleble, etc.

Para que sigan los cambios fue un slogan que invitó a la reflexión. Supuso, por parte del PRI, un cabal conocimiento del tiempo y un tácito reconocimiento de que las cosas cambian, como dijo Heráclito. Esto fue una cosa muy seria que nadie pudo despreciar amparándose bajo la trillada paradoja de Lampedusa sobre el poder (cambiar para que todo siga igual, etc.), ni sobre la otra paradoja de la revolución y lo institucional.

A esa paradoja se puede oponer ahora una no por involuntaria menos sutil, que resume todo este problema del PRI ante el dilema de cambiar o no cambiar, y que posee delicadas ramificaciones hacia la teoría de la historia y hasta del tiempo mismo, que se puede llamar la "paradoja de Fidel Velázquez" y que viene muy al caso ahora que el PRI ha iniciado estas reflexiones. El proyecto líder emitió esta paradoja con motivo de la requisita sobre el puerto de Veracruz y es la siguiente:

—Claro que requirieron el puerto. Llegaba ya cincuenta años diciéndoles que las cosas no podían continuar así...